

BABEL

Revista de Arte y Crítica
Una visión más elevada
del nuevo mundo

M A Y O - J U N I O . 1 9 4 4

SUMARIO:

<i>Max Brod</i>	KAFKA, PADRE E HIJO
<i>E. Martínez Estrada</i>	LITERATURA PROPIA Y APROPIADA
<i>González Vera</i>	ESBOZO DE MARIANO LATORRE
<i>Mariano Latorre</i>	EL SECRETO
<i>Vicente Huidobro</i>	EDAD NEGRA
<i>Luis Franco</i>	PASADO Y PORVENIR
<i>Láin Díez</i>	DEL MATERIALISMO HISTÓRICO
<i>James Cadman</i>	GEOPOLÍTICA: UN MITO IMPERIALISTA
<i>Los Libros</i>	"AGUAS ABAJO" DE MARTA BRUNET
<i>Las Revistas</i>	"PARTISAN REVIEW" DE NUEVA YORK

Santiago 21 *de Chile*

NOTA EDITORIAL

Con este número BABEL cumple cinco años de vida en Chile; cinco años, es cierto, interrumpidos por uno que otro hiato de muchos meses; pero que al fin y al cabo nos han permitido publicar cuatro de los cinco volúmenes correspondientes a una revista bimestral en dicho periodo.

Si cada suscriptor de BABEL nos consiguiera por lo menos otro, podríamos tal vez, ponernos al día el año próximo, sacando la revista mensualmente, a fin de aprovechar siempre como en este número, la actualidad literaria nacional e internacional.

En efecto, el ensayo de Max Brod, testamentario y biógrafo de Franz Kafka, sale justamente al cumplirse el vigésimo aniversario de la muerte del gran novelista de Praga; y el apunte de González Vera sobre Mariano Latorre al obtener este con "Mapu" el premio nacional de literatura.

BABEL

Revista de Arte y Crítica

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera

Lain Diez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número \$ 10 m/ch.

Suscripción a 6 números \$ 50 m/ch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número 0,30 o/a.

Suscripción a 6 números 1,50 o/a.

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo.

Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

Max Brod

Kafka, padre e hijo

Toda su vida estuvo Franz Kafka a la sombra de la poderosa personalidad de su padre. Hermann Kafka era físicamente impresionante: alto, espaldado. Su larga existencia de duro trabajo, se vió recompensada por un éxito considerable en los negocios tras muchas enfermedades. Dejó una gran familia con numerosos hijos y nietos a los que asistía con placer patriarcal. Aún después de retirarse de su negocio de la Altstadt Ring conservaba una casa de cuatro pisos en el centro de Praga. Con su solo trabajo y sacrificio había formado su extensa familia y la seguía atendiendo. Este empeño apoderóse de la imaginación de su hijo y dejó huellas en todos sus escritos.

En noviembre de 1919 Kafka escribió una larga y minuciosa "Carta a mi padre". Esta carta de más de cien páginas estaba destinada, según deduje de conversaciones con Franz, a serle entregada a aquél por medio de la madre; Franz pensaba entonces poder aclarar de tal modo su penoso desacuerdo irremediable. Lo más seguro es que de haberle sido entregada, su efecto fuera contrario al esperado por Franz, ayudando poco a la comprensión del padre. Pero sea como sea, la verdad es que la señora Kafka no entregó la carta. Con algunas palabras amables se la devolvió a Franz y nunca volvimos a hablar del asunto. La carta empieza:

"Querido padre, una vez usted me preguntó por qué yo decía temerle. Como de costumbre, no encontré al momento la respuesta, en parte porque yo le temía, y en parte, porque mi temor era demasiado complejo para hablar de él.

Sigue un detallado análisis de la relación entre el extraño padre y su extraño hijo, además, de un estudio de su propio carácter que constituye una verdadera y minúscula autobiografía. Aquí y allá la perspectiva se me aparece alterada, los hechos se mezclan a conjeturas no probadas; de percepciones al parecer triviales, emerge un edificio de complejidad casi fantasmal y, finalmente, toda la estructura se vuelve explícita so-

bre su propio eje; dijérase que se refuta al mismo tiempo que sigue siendo válida. Por último Kafka hace hablar a su padre como si le respondiera:

"En tanto que yo, abierta y sinceramente te atribuyo toda la culpa, tú tratas de sobrepasarte en "inteligencia" y "ternura" limpiándome a mí de culpa. Por supuesto que tu éxito en ésto es puramente ilusorio (y es lo que tú deseas), a pesar de tus frases sobre el "ser" y la "naturaleza", "contradicción" y "desamparo". Según puede leerse entre líneas, yo era el verdadero agresor, mientras que tú actuabas sólo en defensa propia. Podrías estar satisfecho con el resultado de tu astucia, porque así consigues probar tres cosas. Primero, que eres inocente; segundo, que yo soy culpable; y tercero, que de pura magnanimidad estás preparado no sólo a perdonarme, sino lo que más o menos viene a ser lo mismo, probar y tú mismo creerlo, que yo, contrariamente a la verdad, soy también inocente. Esto podría haber sido bastante para tí; pero vas aún más lejos. Te haces la idea de vivir completamente a mis expensas. Admito que nos combatimos; pero hay dos clases de lucha. La caballeresca, en la cual dos opositores independientes miden sus fuerzas, y en que cada uno existe por sí, gana por sí y pierde por sí, y la clase de lucha que sostiene el insecto que no sólo pica, sino también, chupa la sangre ajena para conservar su propia vida. Esto está en el carácter del verdadero soldado profesional y esto es lo que tú eres. Tú eres un inadaptado en la vida; pero a fin de facilitarte las cosas, hacértelas llevaderas y ahorrarte todo reproche, pruebas que yo te quité toda la aptitud para la vida y me la he metido en el bolsillo".

(Estas observaciones arrojan una luz considerable sobre la génesis de *La Metamorfosis* y también de *El Proceso*).

El tema central de toda la carta puede resumirse así: la debilidad del hijo frente al arrogante vigor del padre. Sin embargo, Kafka sabía que las contradicciones no eran tan agudas y simples como se plantean en la carta. Tal conocimiento inevitable en un trabajo de Kafka se observa a lo largo de todo su texto, haciéndose más pronunciado en las palabras finales que son las más conciliadoras del conjunto:

"Los hechos vivos no pueden ajustarse tan bien como los incisos de mi carta; la vida es mucho más que un puzzle chino; pero con la precisión que resulta de tal hecho, precisión que no puedo ni deseo ejecutar en detalle, creo que algo muy próximo a la verdad puede ser conseguido. De ser así, además, de un sedante para nosotros dos, nos habría hecho la vida y la muerte más fáciles".

Con esta reserva, las contradicciones de ambos caracteres se muestran agudamente delineadas. La carta acentúa las

diferencias entre las dos familias de las que sale Kafka. Los tímidos y excéntricos Löwys y los vigorosos y realistas Kafkas.

"Comparad a unos y otros: yo, para simplificar, un Löwy con algo de Kafka en la base, aunque careciendo del poder expresivo de los Kafkas en la vida, los negocios, la conquista..... Ud., por otra parte, un verdadero Kafka en lo que se refiere a fuerza, salud, apetito, voz, elocuencia, confianza, tesón, presencia de ánimo, conocimiento del mundo y cierta *largesse*. A estas virtudes corresponden por cierto algunas debilidades; debilidades que salen a flote en su carácter versátil y en su temperamento".

Añádase al cotejo las cualidades que Franz (en otro trabajo) describe como hereditarias por la parte materna. Suspicacia, sensibilidad, sentido de justicia, inquietud".

Hacia el final de su carta, refiriéndose a su vano intento de casarse, Kafka traza de nuevo un animado retrato de su padre:

"El obstáculo más importante para mi matrimonio — escribe — es la convicción arraigada de que el desarrollo y sostenimiento de una familia requiere todo lo que yo reconozco en Ud. Lo bueno y lo malo junto, como lo combina Ud., orgánicamente: vigor y arrogancia, salud y cierta inmoderación; elocuencia y pocos deseos de escuchar; confianza en sí mismo y desprecio por las habilidades ajenas; poder sobre los hombres y una inclinación hacia la tiranía; conocimiento de la gente y desconfianza en la mayoría. Para no mencionar algunas virtudes mixtas, como inteligencia, tesón, presencia de ánimo, valor. Estas son sus cualidades; las mías, por comparación, parecen inexistentes. ¿Podría yo, equipado así, aventurarme al matrimonio, cuando veía que aún Ud. tenía que luchar denodadamente en el suyo y con sus hijos, que eran tan diferentes? Claro que no me formulé esta pregunta tan explícitamente; de lo contrario, mi sentido común me habría mostrado hombres completamente distintos de Ud. (el tío R., por ejemplo) que se casó sin sucumbir bajo el peso — lo que ya era bastante para mí. Pero yo no me hice tal pregunta, la experimenté desde mi infancia. Me examinaba no sólo respecto del matrimonio, sino en relación con cualquier asunto sin importancia. Siempre me ha convencido Ud. de mi incapacidad tanto con su ejemplo como con su disciplina (como ya intenté describirla). Y lo que era verdad en una cuestión sin importancia, no lo era menos en la más importante: el matrimonio".

Parece imposible negar la oportunidad de la teoría del subconsciente de Freud en el caso de Kafka. Sin embargo, esta interpretación se nos antoja demasiado fácil. Franz Kafka estaba muy familiarizado con esta teoría y no la consideraba más que como un cuadro aproximado y general de las cosas. Pen-

saba que no hacía justicia a los detalles y lo que es más, a la esencia del conflicto. Con todo, debe admitirse que Kafka mismo al declarar que no había formulado explícitamente o en "pensamiento general" su actitud hacia la superioridad de su padre, sino que la había "experimentado desde su infancia" parece confirmar el punto de vista psicoanalítico. Lo confirman igualmente sus observaciones sobre los "métodos educativos" de su padre desarrollados en numerosos diarios íntimos que tratan de su "formación descarriada" y en sus cartas didácticas basadas en la tesis de Swift: "los niños deben ser criados fuera de la familia, no por sus padres".

En verdad, la mayor parte de la epístola de Kafka está dedicada al tipo de "disciplina paterna".

"Yo era un niño tímido y sin embargo, obstinado, como son los niños. Es cierto que mi madre me mimaba; pero no puedo creer que yo fuera más intratable que los demás. No puedo tampoco, dejar de precisar que una palabra amable, una mano amistosa, una mirada gentil habrían obtenido excelentes resultados. En el fondo Ud. es una persona afectuosa, de buen corazón (lo que sigue no lo contradice, hablo sólo de la forma externa con que Ud. impresionaba al niño); pero no todos los niños tienen la paciencia y el valor de seguir buscando hasta encontrar el afecto. En el trato con su hijo Ud. no podía dejar de mostrar su temperamento duro, ardiente, pues calculaba Ud., sacar así un muchacho fuerte y valeroso".

Los juicios desfavorables que merecen al padre los entretenimientos de Franz, sus amigos, toda su manera de ser y de actuar, eran un peso intolerable para él; le hacían desprenderse. Sin embargo, el padre no siempre se aferraba a estos juicios y esta misma falta de lógica parecía al hijo retrospectivamente un signo de vitalidad sin trabas de su voluntad integral.

"Por su propio esfuerzo, sin ayuda, Ud. alcanzó tan arriba que esto le dió una confianza ilimitada en su opinión. Desde su silla Ud. gobernaba el mundo. Su opinión era la correcta, las demás, locas, histéricas, *meschugue*, anormales. Su confianza en sí mismo era tan grande que podía ser inconsistente sin dejar de tener razón. A veces carecía Ud. de opinión sobre algo, entonces todas las opiniones tenían que ser equivocadas. Por ejemplo Ud. podía abominar de los checos, de los alemanes y en seguida de los judíos, no por ninguna cualidad particular, sino por todo al mismo tiempo. Y al final, no quedaba nadie más que Ud. Para mí Ud. se quedó imbuido de ese algo misterioso, propio de todos los tiranos, cuyos derechos no están basados en una idea sino en sus propias personas".

Debemos recordar aquí el papel primordial que tiene no sólo el concepto de la dignidad humana o democracia en los trabajos de Kafka, sino también el principio de autoridad. (Véase *El Proceso*, *El Castillo* y todas las historias y fragmentos que forman *La gran muralla de la China*).

¿Para qué necesitaba Kafka a su padre? O mejor dicho, ¿por qué era incapaz de librarse de su padre, pese a su actitud crítica hacia él? ¿Por qué no construía como tantos otros una muralla entre él y su padre o más bien, ya que en los últimos años erigió esa barrera y dejó casi de hablarle, ¿por qué sufría tanto con la frialdad recíproca? ¿Acaso ignoraba que entre caracteres tan diversos era imposible una relación íntima cualesquiera? En todo caso Franz era capaz de comprender a su padre y era más que leal en su admiración afectuosa por él. Pero su padre, por naturaleza y desde luego sin culpa alguna, como se acentúa repetidamente a lo largo de la carta, estaba cerrado en forma irremisible a cualquier comprensión del carácter peculiar de su hijo. Aún en vida de mi amigo, cuando no conocía sus diarios íntimos comprendí cuán profundamente lo afectaba ésto; pero era inútil que tratara de convencerlo de la locura de sobreestimar a su padre y empequeñecerse a sí mismo. El flujo de argumentos en que Kafka fundaba su caso (cuando no prefería callarse, como ocurría con frecuencia) llegaba a estremecerme por momentos.

La vida y muerte de todos sus impulsos y anhelos — asegura Kafka en una carta — dependían del juicio de su padre. (Ver *El Proceso*). Escribe:

"Mi coraje, decisión, confianza y regocijo por algo, no perduraba si Ud. se oponía a ello o tan sólo si podía vislumbrarse su oposición; y yo la vislumbraba en casi todo lo que hacía..... En su presencia yo hablaba en forma vacilante, aturdida. Usted es un excelente conversador mientras habla de las cosas que le interesan; pero aún mi discurso entrecortado era mucho para Ud. Y por último, dejé de hablar por completo, al principio por despecho y después porque no podía ni siquiera pensar en su presencia. Y como Ud. era entonces mi maestro, esto afectó mi vida entera".

Lejos de su padre, Kafka hablaba con libertad, elegancia, facilidad y a menudo humorísticamente, con encantadora fantasía inagotable y una naturalidad desconcertante.

Según la misma carta el resultado de la "disciplina" paterna (y aquí Kafka ofrece su propio comentario a las palabras finales de *El Proceso*), era el siguiente:

“Yo había perdido en su presencia la confianza en mí mismo cambiándola por una ilimitada conciencia culpable. En este sentido de culpa escribí de cierta persona: “Teme que su vergüenza lo sobreviva”.

Kafka construye su vida a partir de entonces como una serie de intentos para romper con su padre, alcanzar regiones alejadas de su influencia. Es notable que Kafka, rechazando absolutamente en todos sus juicios literarios las “construcciones” abstractas y sin vida, empleara en este caso “construcciones” que junto a elementos correctos contienen muchas medias verdades y alteraciones. Así, por ejemplo, pretende clasificar todo su trabajo literario bajo el título general de “intento para escapar del padre” como si su amor por el arte, su placer creador no tuviesen existencia propia. Por supuesto, los que le conocían estaban lejos de aceptar la versión simple de un hombre torturado por el complejo del padre. Veían en él a un hombre inspirado, maestro de la forma, con voluntad creadora, sed de conocimientos y amor a la vida y a la humanidad. Sólo uno de los componentes y nada más era ese aspecto de su trabajo intelectual que describe tan conmovedoramente en su carta:

“Usted era el asunto de mis libros. En ellos derramaba las penas que no podía derramar en su pecho. Mi labor ha sido un prolongado y expreso alejarme de Ud. Pero aún cuando este alejamiento era determinado por Ud. su dirección la fijaba yo”.

En la carta Kafka anota otros aspectos de su vida como un intento de escape: la familia, la amistad, el judaísmo, la profesión Y por último, sus dos intentos de matrimonio:

“Mi propia valoración dependía más que nada de Ud.; más aún que el éxito exterior..... Donde viví fui despreciado, mal juzgado, derrotado, y aunque traté con todas mis fuerzas de apartarme no lo conseguí, salvo en raras excepciones, pues se hallaba más allá de mi poder”.

Sus observaciones sobre el judaísmo como uno de los modos de escapar a la influencia paterna, deben mencionarse aquí porque arrojan una luz importante sobre sus años infantiles y su posterior desarrollo religioso:

“Encontré la misma poca salvación en el judaísmo. Aquí las cosas siendo iguales podían hacer concebir una salvación, más aún, existía la posibilidad de que nos encontráramos en el judaísmo o lo usáramos como punto de partida para una rela-

ción futura. ¿Pero qué clase de judaísmo es el que yo recibí de Ud.? Con el correr del tiempo he tenido tres actitudes distintas respecto de él.

“Como niño lo emulaba a Ud., reprochándome por no ir con frecuencia al templo, por no ayunar, etc. Pensaba que cometía una injusticia, no conmigo, sino con Ud. y mi conciencia de culpa me perseguía en todo instante.

“Más tarde, como joven, no logré comprender cómo Ud. con sus pretensiones de judaísmo, podía reprocharme que no lo ejerciera (aunque sólo fuera por piedad, según decía) con igual fingimiento. Por lo que yo podía ver, todo reducía a un engaño, a una broma, o menos que una broma todavía. Cuatro días por año iba Ud. al templo. Estando allí era más indiferente que nunca; recorría paciente los rezos como una mera formalidad. A veces me asombraba su destreza para encontrar las oraciones en su libro. Por lo demás, no se me permitía, — y esto era lo principal — corretear por donde quisiera. Y así yo bostezaba y me aburría durante horas. (Creo que desde entonces nunca me he aburrido tanto, excepto en la escuela de baile). Trataba de obtener el mayor placer posible de las pequeñas novedades que ocurrían: tal el momento de abrirse el arca de la ley. Esto siempre me recordaba la caja de sorpresas de las galerías de tiro cuando se daba en el blanco, con la diferencia que aquí salía algo interesante y allí siempre la misma vieja muñeca descazada. Lo que es más, yo estaba siempre asustado en el templo, como era natural, no sólo de la gente, sino también porque una vez Ud. me dijo de pasada que podía ser llamado ante la *Thora*. Esta posibilidad me hizo temblar durante años. Por otra parte, nada distraía seriamente mi tedio, excepto quizá mi *Bar Mitzva*, que como examen sin sentido, sólo requería cierta memoria. Y después mi atención fué nuevamente solicitada por pequeños acontecimientos, tan insignificantes como cuando Ud. fué llamado ante la *Thora* e hizo buen papel en esta función, que yo consideraba puramente social; o cuando en el servicio conmemorativo de los difuntos yo era conminado a salir. No podía comprender esta ocurrencia y durante mucho tiempo tenía la convicción de que algo impropio debía tener lugar allí.

“Esto era en el templo. En la casa, su religión era, si es posible, más desdichada. Se reducía sólo a la Pascua que a causa de los niños que se iban haciendo cada vez más grandes, volvióse una comedia. (¿Por qué debía Ud. ceder a esta influencia? Porque Ud. era la causa). Esta era la fe que me dió Ud., a menos que incluya su observación de que los hijos de F., el millonario iban al templo durante las principales fiestas. Me parece que lo mejor que podía hacer con tal herencia era librarme de ella lo más pronto posible, y esta liberación me parecía de la más alta piedad.

“Después adopté una actitud distinta. Llegué a comprender como Ud. podía imaginar que también aquí yo lo traicionaba maliciosamente. Ud. traía en sí cierto judaísmo proveniente de su pequeña comunidad del ghetto pueblerino. No era mucho, y lo que quedaba desaparecía pronto entre la ciudad y el ejército; sin embargo, las impresiones y memorias de la juventud constituyen una especie de vida judía. En verdad, a Ud. no le hacía falta otra especie, puesto que provenía de una rama

poderosa y era impermeable a las fuerzas religiosas cuando no estaban ligadas a ciertas consideraciones sociales. La verdadera fe en que se apoya su vida era la incuestionable corrección del pensamiento de cierta clase social judía; por cuanto este pensamiento era el suyo propio, su fe era su creencia en Ud. mismo. Esto era bastante judaísmo para Ud., pero era muy poco para ser transmitido a un niño. En la transmisión se desintegraba por completo. Todo lo que quedaba eran unas pocas impresiones infantiles intransmitibles, además de su temida persona. Era imposible persuadir a un niño, cuyo mismo miedo lo había hecho agudo observador, que las vacuas formalidades que hacía Ud. pasar por judaísmo con una indiferencia que correspondía a tanta insignificancia, podía tener algún sentido más alto. Para Ud. representaban pequeños recuerdos de otros tiempos y por eso quería transmitírmelos a mí, pero como no tenían valor independiente ni siquiera para Ud., podía hacerlo sólo con argucias y amenazas. Este método no tuvo éxito, desde luego, y como Ud. no podía comprender su débil posición, se volvía furioso contra mi aparente testarudez.

“Todo lo cual no es un fenómeno aislado; lo mismo es válido para esta generación judía de transición que emigraba del campo, donde aún prevalecía cierta devoción, a la ciudad. Era más o menos inevitable; pero agregaba un obstáculo más a nuestra relación ya difícil de suyo. Estoy muy deseoso de que Ud. crea como yo que no tiene culpa en este aspecto; pero debe Ud. explicar su inocencia por su carácter y por la naturaleza de la época en vez de las circunstancias externas. No debe alegar que tenía mucho trabajo y hartas preocupaciones para cuidarse de tales asuntos. Porque de este modo Ud. convierte su inocencia en un injusto reproche a otros, reproche que puede ser fácilmente contestado. Porque no nos referimos aquí a ninguna educación que debía Ud. dar a su hijos, sino a una vida ejemplar; si su judaicidad hubiera sido más fuerte, también su ejemplo hubiera sido más convincente; esto es obvio y no constituye un reproche, sólo una defensa contra sus reproches.

“He recibido cierta tardía confirmación de su judaísmo por medio de su conducta en los últimos años cuando le parecía a Ud. que yo me ocupaba más de los asuntos judíos. Ud. ha sentido siempre un prejuicio contra mis ocupaciones y aún más contra mis entusiasmos. En este caso demostró Ud. el mismo disgusto, y sin embargo, era de aguardar que hiciera entonces una pequeña excepción, pues era judaicidad de la suya y ofrecía, por tanto, la posibilidad de una nueva relación entre nosotros. No niego que de haberse tomado Ud. el menor interés en esto habría despertado mis sospechas por lo mismo; no me considero mejor que Ud. al respecto. Pero el asunto nunca sufrió tal prueba. Por mi intermedio el judaísmo se le hizo repulso y los libros judíos ilegibles. Le repelían. Esto podía ser porque Ud. insistía en que el judaísmo que me enseñó durante mi infancia era el único verdadero y que no había otro. Pero es muy difícil pensar que Ud. hubiera insistido sobre el particular. En este caso su “disgusto” (olvidemos por un momento que estaba dirigido directamente, no contra las cosas judías, si no contra mi persona) sólo podía significar que Ud. reconocía inconscientemente la debilidad de mi judaísmo y de

mi formación judía; pero no deseando que se le recordara esto, replicaba a cuanto se lo recordaba con odio abierto. De cualquier modo, la importancia negativa que Ud. concedía a mi nuevo judaísmo era muy exagerada; llevaba en primer lugar su anatema dentro de sí; además, como esta clase de desenvolvimiento depende grandemente de la naturaleza de las relaciones con los demás hombres, en lo que a mi se refiere estaba destinado al fracaso”.

En comparación con el padre, la madre de Kafka, parece en “el caleidoscopio de mi infancia” un paradigma racional. Su hijo deplora ciertamente su falta de independencia respecto del padre; pero también la comprende. Comprende su amor por su marido y se da cuenta que oponerse a su voluntad habría sido imposible. Sin embargo, se resentía por el hecho de que sus padres formaran una especie de unión, de frente común contra el hijo, unión que la madre sólo se atrevía a abandonar en secreto. Este resentimiento ha dejado una profunda huella en el trabajo de Kafka. (Véase *Das Ehepaar*) que desde este punto de vista es uno de los más reveladores escritos de Kafka.

La casa familiar de Kafka se parecía en algunos aspectos a la de Proust (Ver León Pierre Quint: *Marcel Proust, sa vie et sa oeuvre*: Su padre abandonaba el hogar muy temprano y rara vez veía a su hijo”. Su madre, por el contrario, “era muy amable y cariñosa..... velaba por él con sumo cuidado, excusando de antemano sus fantasías y los hábitos negligentes que se permitía”). Si estudiamos los elementos comunes en el comportamiento de Proust y de Kafka con sus padres, podremos explicarnos quizá la similitud de visión y estilo de los dos escritores que no obstante ser contemporáneos se ignoraron. La especial precisión descriptiva, el amor por el detalle, la meticulosidad, la obsesión en ambos de su círculo familiar, cierta identidad de origen racial (la madre de Proust era judía) y hasta sus vidas en lo externo, todo induce al paralelo, aunque desde luego, la diferencia entre el ambiente cosmopolita de Proust y la burguesa Praga de Kafka producía divergencias igualmente importantes en sus obras.

Al tratar casos como los de Proust y Kafka, que mientras vivieron jamás lograron escapar a la dominación familiar y a su tradición, el psicoanálisis ofrece su teoría de la atracción erótica inconsciente hacia la madre y del odio subconsciente al padre. Pero hay una explicación más simple de dicha atracción infantil (que no excluye del todo el psicoanálisis) y esta explicación es que los padres representan el primer problema para el niño, la primera resistencia que debe afrontar y su conflicto con ellos es el modelo de todas las venideras luchas de su vida.

Exequiel Martínez Estrada

Literatura propia y apropiada

¿De qué proviene nuestro disgusto, muchas veces, por la literatura? No es que estemos cansados de leer, sino que estamos cansados de que nuestras lecturas nutran sólo la imaginación y satisfagan sólo la parte más lúcida del espíritu. Recorreremos con la vista los estantes de la biblioteca, la mano toma algún volumen y lo deja apenas hojeado. Sentimos que no está ahí el libro que en ese momento necesitamos leer, como si tuviéramos sed y no halláramos agua entre los licores. Con las obras a nuestro alcance —y en las que se nos ocurre pensar— nuestra sed espiritual no puede saciarse. Pensamos que todavía no se han escrito aquellas obras que nos satisfarían de verdad; y es porque vivimos en un país cuya inmensa materia prima literaria no ha sido explorada aún.

Creo que la sensación de esa orfandad, de ese vacío tan difícil de explicar concretamente, en gran medida proviene de que no tenemos una literatura de gran estilo que responda a nuestras modalidades; que atesore en novelas, cuentos, poesías, ensayos, nuestras costumbres y las características genuinas del mundo en que vivimos. En general nuestra producción es falsa —copia intencionada de otras— o de baja calidad. Si tuviera que hacer excepción para un conjunto de obras que constituyan un esbozo orgánico, al menos, sería para las de los viajeros ingleses de la primera mitad del siglo pasado.

* * *

Tenemos que nutrirnos por exigencias de nuestro gusto, de materiales literarios que reflejan otra realidad sólo relacionada con la nuestra en cuanto está tomada de países del mismo mundo civilizado y de autores que se nos parecen por la misma circunstancia. Seres, cosas y acontecimientos están en un orden de simetría con los nuestros y con nosotros. No tenemos, en fin, una cultura literaria que

B A B E L

nos abastezca y satisfaga no sólo intelectualmente sino ante todo en las necesidades más perentorias de la sensibilidad. Si la obra ha sido traducida, el idioma que hablamos y en que esa obra extraña se nos ofrece, nos lleva a convivir —humanamente y como en un esquema— con los personajes y la historia en que actúan, y ella da lugar a una ilusión que no es completa ni perenne. Esta adaptación, este imperceptible esfuerzo de acomodación de mil detalles y matices apenas similares a los de nuestra experiencia vital, al cabo termina por dejar un descontento inexpresable en términos concretos y por crear una ansiedad de ausencias por el trato ficticio con fantasmas.

Es verdad que la novela rusa, francesa, inglesa, norteamericana, contienen elementos universales que son asequibles de inmediato al lector de cualquier otro país; pero también, es verdad que los detalles, a veces esenciales, de ambiente, psicologías, cosas, costumbres, inflexiones de la pasión, hacen que en la lectura estemos distantes siempre, como lectores mucho más que como copartícipes. Y precisamente el verdadero sentido de una literatura es responder a una realidad concreta. Creer que Dickens, Balzac, Chejov, tienen un mismo valor en sus respectivos países y aquí, es conformarse con sólo una porción de la verdad y haber perdido el sabor de las frutas del pueblo natal. Es como si creyéramos que los ingleses pueden gustar todo Hudson.

* * *

En fin, que la literatura haya alcanzado una calidad expresiva universal, aproximada a la de la música, es ya mucho; pero no puede suplir la falta, de orden trófico si se quiere, de la literatura vernácula. Países que tienen “su literatura completa” pueden aprovechar de la contribución de las extranjeras con una utilidad distinta a la de los países que, de manera inversa, tienen a la universal por propia y a la vernácula como contribución accesoria y de mérito inferior. Con los años se advierte que hay un déficit acumulativo en el metabolismo de la sensibilidad. Y en cuanto al resultado efectivo, en la historia nacional de una cultura, ese déficit se refleja al fin en una inferioridad homogeneizada: social, intelectual y moral que puede asumir magnitudes de catástrofe. No ha servido de sustento a la vida colectiva; la materia prima no provenía de sus fuentes originarias y no pudo ser a ellas restituída. El pueblo

por sí mismo no adquiere una conciencia nacional de la realidad; esa realidad (parecida, pero no igual a las otras) hubo de haber sido adecuada para su sensibilidad por el arte, instrumento único capaz de crearla. En cambio puede darse el caso de aberraciones que espantan, como el de las revistas populares y los radios, que pretenden abastecer al público grueso con desperdicios de literaturas de última categoría aplicados a temas nacionales que no han alcanzado aún elaboración literaria. Ante este pavoroso problema estamos: ante una cultura sin raíces en la vida real y de una vida informe que por debajo de ella, sin haber podido ser sofocada, pugna por proyectar a través de sus resquicios tallos silvestres desde sus raíces sombrías.

Carecemos de un estado denso de cultura literaria que baste para encontrar en él, cuando el alma necesita del contacto directo con las cosas y seres reales de su existencia, un alimento espiritual y sentimental que sacie y robustezca. No se puede tampoco crear por la imitación —está demostrado prácticamente— ese estado de vivencias inmediatas, ni diez obras maestras bastaran para colmar tan honda necesidad. Servirían más bien para dar conciencia del vacío, del inmenso campo inexplorado aún.

Entonces es cuando se siente mejor que se comprende, qué quiere decir un estado de cultura; qué significa una literatura secularmente formada en que el pensamiento y la emoción trabajaron juntos sobre materiales frescos y vivos de su propia realidad, potenciándose no solamente con un valor cualitativo, sino con un valor de vida verdadera.

* * *

La facilidad en el intercambio de productos y bienes de toda clase que ha creado la civilización moderna, progresivamente cosmopolita puede hacer olvidar ese principio de la necesidad interna satisfecha con aporte de fuera. Aunque entonces no hay intercambio sino importación de cultura manufacturada, que no se incorpora al torrente de la vida nacional sino que se acumula en bibliotecas y museos. Pero una cultura no consiste en el uso sino en la producción de bienes espirituales. Eso puede hacer cultos a muchos hombres y levantarlos, acaso, al mismo nivel de los mejores autores; pero jamás puede crear una cultura ni servir para la creación de una cultura, como se advierte en

los balances que se hacen por décadas. La cultura no sólo se nutre de formas sino también de las substancias inorgánicas de la tierra, por raíces profundas y sombrías. Y cuando falta esa absorción directa; cuando se trata de ejemplares de trasplante, tarde o temprano la literatura foránea se agota o se desvanece sin otro fruto que la imitación y la caricatura. Este grave pecado, que no se acusa a la conciencia con los caracteres de un remordimiento, sino simplemente como disgusto y hambre de no se sabe qué, es lo que a veces nos detiene perplejos frente a libros que no tienen fuerza ya para sostenernos con su ilusión, y de espaldas a una realidad que todavía no ha sido expresada en grande estilo porque no hemos sabido amarla ni comprenderla.

Esbozo de Mariano Latorre

Vivía en Valdivia, cerca del río, en un conventillo de madera. Mi cuarto estaba en el segundo piso y podía ver el manchón de la Isla de las Animas, pero de noche, qué podía ver... Además, soplaban el viento y la lluvia menudeaba. Encerrado allí sin más bienes que un colchón y una caja vacía, después de pensar en todo lo imaginable y de dormir en todos los grados, no había otro remedio que el de leer.

Disponía de "Alsino", "Zurzulita" y "Por el camino de Swan". Luego de ojearlos comencé la lectura de "Alsino" que tiene gran vuelo poético. Tomé en seguida "Zurzulita", que me dió la impresión de ser un libro pesadísimo y lo dejé descorazonado. Entonces cogí la obra de Marcel Proust y sólo de ver la extensión de cada párrafo sentí pesadumbre y juré que no la leería a ningún precio. Y torné a leer "Zurzulita" casi con lágrimas, pues tuve que enterarme del nombre de cada planta, arbusto, árbol, matorral o pájaro existentes en las inmediaciones del fundo, porque entonces no me conmovía la flora y la volatería parecíame achaque de embalsamadores.

Sin embargo, conservo vivísimo el recuerdo de esta novela en la que hay cuadros —como el de la pelea— de profundo relieve.

Latorre se inició con un libro de cuentos del Maule. Inmediatamente recibió el bautismo de criollista y se le estimó como el más fiel intérprete del paisaje. Los críticos no volvieron atrás y Mariano Latorre se quedó en la capital sólo para ganarse la vida: desde ese momento sus temas los buscó en lugares lejanos y ninguno de sus cuentos quiso situarlos a menos de cien kilómetros de Santiago.

El vagabundeo por campos y montañas pareció gustarle porque ya, si hacemos fe de su libro "Mapu", se encuentra en la selva austral. Como esta es de extensión indefinida, el tiempo que puede permanecer en ella será largo.

Su situación de criollista lo obligó a usar en el diálogo esa lengua tan cambiante, imprecisa y sabrosa que tienen los campesinos, y que varía según el oído del escritor.

Antes de llegar a la vivienda de sus personajes, acaso para satisfacer a los pintores, describe cuanto ve: colinas, bosques, arroyos, vegas, toda suerte de volátiles, y la apariencia del ganado mayor o menor que por allí paca.

Esta concesión al ambiente, priva de relieve a sus héroes y los empequeñece hasta un grado inhumano. Recordándolos en conjunto dan la sensación de individuos empeñados en una lucha muy desigual. Unos han perecido, otros están a punto de perecer y los que se conservan en pie perecerán, a menos que el Señor se apiade de algunos.

Todos los cuentos de Mariano Latorre, salvo diferencias fisonómicas y profesionales, son un solo cuento. Es siempre la historia del chileno rural que lucha contra la tierra, el agua, el bosque, etcétera.

Aunque el hombre es uno en toda la tierra, en cada país, al menos en los geográficamente bien definidos, hay cierta peculiaridad, cierto matiz humano singular, siempre latente y siempre inasible. Mariano Latorre es el autor que más cerca ha estado de aprisionarlos.

Su labor es la mayor suma que se conoce acerca del campo chileno y sus pobladores, muchas páginas suyas, fuera de la belleza y riqueza de estilo, valen por la feliz interpretación que hace del medio rural y por las innumerables observaciones originales que aporta a nuestra literatura. El premio nacional que acaba de concedérsele es una confirmación de su mérito.

Lo conocí en la Biblioteca Nacional, en la antigua. Era oficial supernumerario durante medio día. Tenía algunas horas de clase en el Liceo Valentín Letelier. No ha cambiado de aspecto. Es alto, delgado, rubio, de ojos azules muy vivos y de tez sonrosada, dividida por un bigotillo fugitivo, que se le ausenta a menudo, pero que vuelve con la misma periodicidad. Se puede decir de Latorre que es un buenmozo. Su aire es delicado. Mas, su andar, causa una sensación de vigor. Da largos pasos con el balanceo de los hombres de mar. Tal vez acentue, con deliberación, esta característica para establecer su procedencia de marinos y constructores navales.

Su conversación es muy animada. La enriquece con ademanes apropiados y con el pestaño propio del fumador. Es imaginativo, astuto y de una simpatía envolvente. Es grande su picardía para imitar el carácter, la voz y cualquier otra singularidad de sus amigos.

Fuera de Gabriela Mistral, asediada por una muchedumbre de individuos extraños, y de Pablo Neruda, miel de los poetas jóvenes, es Latorre el escritor chileno que mayor atracción ejerce en los demás. Esto lo obliga a comer en el centro un día y otro. Durante años fué el animador del corrillo de Ahumada con Huérfanos.

Por temperamento es muy individualista. Fuera de la literatura casi nada le interesa. No siente ni entiende la política, de modo que aplaude o ataca con parecido ímpetu a nuestros grandes hombres. Es únicamente escritor. Si oye un vocablo desconocido lo anota. Disfruta durante semanas con ciertas palabrejas engoladas y de repente uno verifica que comienza a usarlas con la mayor seriedad.

En las tardes visita las librerías de nuevo y de viejo y arrasa con cuantas novelas encuentra, aunque sean malas. Si hay en ellas algún dato sobre el puma, algo sobre las costumbres de los zorros o noticias sobre la vida de los costinos de tal región, las reputa buenas.

Cuando llega Enero visita los fundos de los amigos o cualquier lugar desconocido. De regreso trae abastecimientos para un par de libros y temas para disertar con pasión ante sus amigos durante el otoño y el invierno. Cada viaje le proporciona muchos arcaísmos, chilenismos y voces técnicas que incorpora velozmente a su prosa.

Cuando está en clase y sus alumnos trabajan en una composición, saca de su bolsillo un cuaderno barato, también de tipo colegial, y prosigue su cuento. En cualquier parte donde esté solo tiene un cuaderno semejante en el que va fijando la parte de campo que aún no ha reducido.

Mariano Latorre

El secreto

Era enorme, pesado y hosco.

En su esférico contorno, tal la cabeza de un peñi, apretábanse las cápsulas como aceradas escamas de una cota medioeval. Innumerables fibras sobresalían del firme ensamble, envolviéndolo en una pelusa de suaves verdos. En su parte más ancha guardaba la ramita gris que lo retuvo al extremo del gajo fornido. Gérmenes potentes dormitaban quizá en el seno de su hermética envoltura. Escondíase allí un salvaje enigma. Silbar de nevascas, tronido de aludes, trémolo de invisibles corrientes, selváticos amores vegetales.

El que lo mirase distraídamente, rodeado de libros, nada habría comprendido. Una piedra, en la margen de un río, no hablaba más de su origen y de su vida que este cono virgen desprendido, por el machete de un mapuche, del brazo de un pehuén.

Enorme, pesado y hosco me acompañó un verano entero por los caminos del sur. Durante meses decoró el comedor de un colono de Trancura. Fué llevado por un indio, como primicia de la cosecha, al llegar el invierno.

En su verdinegra coraza no hicieron mella los tenaces picos de los choroyes. Su secreto permaneció intacto.

Sobre mis libros se aplastaba su masa torpe, impenetrable, hosca.

Y los días pasaron. Marchitóse poco a poco, la fibra del extremo. El gris de niebla tornóse quemado moho. El suave verdor húmedo de savia, tomó secos matices de cobre. Más que nunca, pareció la ruda testa de un mocetón araucano.

Ya era algo. Quizá el comienzo de una agonía. El lento fugarse de las savias bebidas en su alta cuna de piedra.

Una vez, impaciente, quise violar su secreto, saber lo que guardaba en su cárcel vegetal. Con pueril arrebato introduje mi cortaplumas por entre las junturas. Silbó tronchada, la fina hoja de acero. Colérico, lo arrojé contra las paredes, sin conseguir que sus mallas aflojasen.

Volví a olvidarlo.

Una noche oí un leve crujido, no el tris de las maderas que se pulverizan, ni el rasgido de los papeles que se despegan de los muros, ni siquiera el imperceptible roce de unas alas de insecto, sino algo vivo, inquieto, apresurado. De él venían esos llamados apremiantes. Algo acababa de removerse en su duro corazón. Iba a escuchar su voz dentro de poco. El secreto, tan ansiosamente esperado, no tardaría en revelarse, lejos de la nieve y del viento, en el abrigado rincón de mi escritorio, a diez centímetros de mis ojos.

Repitiéronse los tics cada vez más numerosos, más cercanos. Hubo largas pausas. De pronto, un vivo repique de sonoras estridencias. Quejidos angustiosos de los tejidos al sentirse abandonados por las últimas gotas de savia montañesa.

Era, ahora, como el puño de bronce de un mapuche, toscamente trabajado por soles y ventiscas. Durante un día no se oyó su queja lejana. Cogí el cono en mis manos. Las escamas se entreabrían como pequeñas bocas, ávidas de aire. La dulce musicalidad de las maderas agonizantes multiplicóse en una larga fuga de trepidaciones.

La minúscula tragedia iba a precipitarse de un momento a otro. Y ahora que el secreto estaba a punto de ser mío, no me atrevía a tocarlo, temeroso de conocerlo demasiado pronto. Este lento disgregarse de la materia no era perceptible durante el día. Los ruidos de la calle, el trajín doméstico apagaban su voz.

Enorme, pesado y hosco era su silencio, pero en la noche su quejumbre se elevaba, atraía la atención sobre ella, parecía aún articular palabras inconexas en las que había girones de viento y gérmenes de agrestes rumores.

Una tarde, un rayo de sol empapó la opaca superficie e hizo destacarse las ranuras entreabiertas. Dos más profundas, en la parte superior del óvalo, parecieronme dos pupilas heladas, inmóviles, que me observasen fijamente.

Nada me sugirió en un comienzo esta mirada muerta, pero inopinadamente en el fondo de la memoria se perfiló una nube de polvo suspendida en el aire y luego un rebaño de novillos, medrosamente apretujados en la cinta de la huella. Atrás, en la tierra movediza, modelóse la figura del arriero mapuche que los conducía, sobre el lomo de su caballo. El horizonte, arañabanlo los penachos negros de los pehuenes o lo cerraban altas cresterías nevadas. Nos cruzamos un minuto en el viento, pero su mirada bravía, opaca, esmerilada por el aire áspero de las sierras, no se borró de mi recuerdo. De esa mirada y de ese indio había algo en el moreno cono del pehuén.

Esa misma tarde se trizó, sin perder el contorno de su armadura, pero las negras bocas entreabiertas absorbieron el cobre quemado de su epidermis. Era, ahora, un puñado de escorias que sólo un milagro mantenía en equilibrio. El puño de bronce, agotado, al fin soltaba su presión. Cada cierto tiempo algo se rasgaba en su interior. No eran tenues crepitaciones como antes, sino golpes rápidos, sonoros, precipitados. De pronto, un estallido seco. Unico, concreción de roces y estridencias, con algo de disparo o de silbido; luego un redoble sobre las maderas del escritorio y en el suelo. La cabeza habíase deshecho. Innumerables piñones, de un lustre rojizo, como el de las astillas de un aserradero, ocupaban su lugar. Violentamente rompieron su clausura y locos saltaban en todas direcciones. Un puñado sobre la mesa, marcaba el punto donde estuvo el cono; otros se encaramaron sobre los estantes en prodigiosos saltos; algunos corrieron con una celeridad medrosa a esconderse en los rincones. La misma fuerza que los conservó unidos en el cono, los arrojaba a su destino, en un ciego impulso, como si estuvieran en la altura y un lecho de tierra pedregosa fuese a recibir su germen inmortal.

Eran muchos, incontables. Imposible imaginar que cupiesen tantos en aquella pelota oscura, forrada de extinguidos verdes.

Semejante a un gozne roto, subsistía aún la valva que los mantuvo en el cono y que tan hábilmente cortan las indias al cosecharlos. Un acre aroma, hecho de fuertes esencias resinosas, hacía denso, casi irrespirable, el aire de la pieza.

Por un instante, me creí en la sierra, sobre la alfombra oscura de las escorias, ante el agudo filo de las cordilleras chilenas o en la parda mudez donde comienza la pampa.

Pensativos, huraños, abrían sus brazos, erizados de agujas, los pehuenes. Entre sus penachos chillaban los chroyes. Eran muchos. Los garfios de sus patas no tenían la agresividad de las fuertes púas. Sus picos incansables partían las maduras cabezas y los piñones se precipitaban con ruido de chubasco sobre las espaldas de las chinas. Sus gritos de alborozo eran tan agudos, tan primitivos como los de los pájaros, borrachos de otoño, entre la olorosa ramazón.

Una caravana, más tarde, bajaba de las cordilleras al abrigo de las invernadas. Una caravana de caballos blanquinegros, pedazos de volcanes andinos. Los piñones, sobre el anca de las bestias, partían con sus puntas la vieja trama de los sacos.

Una a una fuí recogiendo las semillas esparcidas en el suelo. Cerca, su aroma era aún más penetrante. Aire de cumbre, piedra quemada de sol, rocío de torrentera, fundiéronse en cada vaina para tornarse substancia de albos grumos. Sobre mi mesa tenía una selva en semilla. Los había de todos tamaños. Algunos enormes, agudizados, como extremos de lanzas o pequeñitos, redondos, como pezones de indias jóvenes. Todo el pinar estaba allí. Los de esbelto fuste y testa empenachada, vencedores del viento y de la nieve o el brote frágil miniatura del árbol que asoma entre los labios de piedra de una roca su delicada simetría.

O quizá el alto pehuén solitario, el pino huacho, a cuyo pie las generaciones trazaron una senda, que luego fué camino. La fe primitiva de indios y mestizos lo santificó y sobre los viejos plumeros de sus ramas o al borde de la espinuda pirámide de su tronco, dejaron monedas, hilachas de

sus ponchos, velas y fósforos para preservarse de las lluvias y tener un viaje feliz. Y también, el pino calcinado por el tiempo y por las nieves, cacique que muere de pie, al borde de un barranco, alargadas en un gesto de lucha sus blancas vértebras desnudas.

Brotaban también de los viejos piñones gérmenes de fecundidad, de persistencia en el tiempo. Porque sus amores son trágicos y de ruda violencia, como los del pehuénche, su gemelo humano. En la complicidad de sus alas lleva el vendaval el recio polen amarillo. La nube de espeso oro tanea en el aire muerto, busca la ternura de las florecillas apenas visibles entre las agujas, cubre en un abrazo oloroso todo el varillaje espinudo del araucaria hembra y sigue su camino, ciego, ahogándose en los torrentes, fundiéndose en la tierra parda que tapiza las escorias o espolvoreando, con inútil esfuerzo, las anónimas flores de las cordilleras.

Y mía fué esta cosecha tardía. Durante muchas noches comí piñones. Bastaba apretar la vaina granate, deshecha por las brasas, para que surgiese la sabrosa médula del fruto. Otros fermentaron dentro de ollas de greda en las rucas de los indios y fueron muday de terrible fermento. Y todos, en el galope de las edades, cordillera hecha fruto, arista de granito hecha músculo, eternidad hecha raza nuestra.

De Mapu,

Vicente Huidobro

Edad negra

*La muerte atravesada de truenos vivos
Atravesada de fríos humanos
La muerte de sobra llamando tierra por la tierra
Y de subida en los rostros amargos
La marea apresurada
Sobre los ojos y las piedras
Cómo decir al mundo si es necesario tanto hielo
Si necesita el tiempo tal suplicio
Para futuras voces nuevas*

*¿En donde estás flor de las tumbas
Si todo es tumba en el reino infinito?
Sólo se oye la lengua del sepulcro
Llamando a grandes gritos
Las campanas secretas
En su misterio de memorias a la deriva
Semejantes al temblor eterno
Que se separa de los astros*

*No hay sacrificio demasiado grande
Para la noche que se aleja
Para encontrar una belleza escondida en el fuego*

*Perderlo todo
Perder los ojos y los brazos
Perder la voz el corazón y sus monstruos delicados
Perder la vida y sus luces internas
Perder hasta la muerte
Perderse entero sin un lamento
Ser sangre y soledad*

B A B E L

*Ser maldición y bendición de horrores
Tristeza de planta sin olor de agua
Pasar de ángel a fantasma geológico
Y sonreír al sueño que se acerca
Y tanto exige para ser monumento al dolor de las manos.*

*Penan los astros como sombras de lobos muertos
¿En dónde está esa región tan prometida y tan buscada?
Penan las selvas como venganzas no cumplidas
Con sus vientos amontonados por el suelo
Y el crujir de sus muebles*

*Mientras el tiempo forja sus quimeras
Debo llorar al hombre y al amigo
La tempestad lo arroja a otras comarcas
Más lejos de lo que él pensaba.*

*Así dirá la Historia
Se debatían entre el furor y la esperanza
Corrían a incendiar montañas
Y se quemaban en la hoguera
Empujaban ciudades y llanuras
Flanqueaban ríos y mares con la cabeza ensangrentada
Avanzaban en medio de la sombra espía
Caían desplomados como pájaros ilusos
Sus mujeres ardían y clamaban como relámpagos
Los caballos chocaban miembros en el fango
Carros de hierro, aviones triturados
Tendidos en el mismo sueño
Guárdate niño de seguir tal ruta.*

Luis Franco

Pasado y Porvenir

Desde el punto de vista de los pueblos — no de los reyes y sus cortes — la historia de Europa, ya en plena edad moderna, fué un modelo de calamidades. En efecto, no es fácil hallar parangón para la miseria a que el cristianísimo clero y la cristianísima nobleza tuvieron sometidos a sus siervos, es decir, a las clases trabajadoras. “Vense ciertos animales feroces — dice La Bruyere, refiriéndose a los campesinos de la nación más culta de Europa — esparcidos por la campaña, negros, lívidos. . . Tienen una voz articulada. . . y en efecto, son hombres”. Y Massillon, obispo de Francia: “El pueblo de nuestra campaña vive en una miseria espantosa, sin lecho, sin muebles, y la mayor parte sin pan la mitad del año”. Ya podemos medir el alcance de la frase de Chamfort: “Los pobres son los negros de Europa”.

En ese pueblo enloquecido de humillación y de hambre se apoyó la burguesía de la revolución del 89. Y esa revolución fué grande justamente gracias al tremendo fermento popular que permitió quemar todos los puentes que unían al mundo feudal y afrontar victoriosamente (“el más bello momento de la historia moderna”, dice Stendhal) “esa coalición de todas las sobrevivientes fuerzas del Medioevo, llamada Santa Alianza, tutelada por. . . la liberal Inglaterra”.

Pero los proclamados *Derechos del hombre* fueron sólo los *Derechos del buen burgués*. Bajo Bonaparte, o bajo la Restauración, o bajo Luis Felipe, las verdaderas masas populares (aunque con mucha más conciencia de clase, su única ganancia) fueron, como en Inglaterra, reiteradamente traicionadas por sus aliados burgueses.

Gracias al concurso heroico de las vanguardias obreras había caído Carlos X. Pero el reinado archiburgués que le sucedió, o gobierno de los banqueros, significó esto para el pueblo: largas jornadas, jornales bajísimos e impuestos muy altos, y mucha policía.

Eso sí, la conciencia política de los trabajadores ganó un terreno inmenso. Limpiando el vocablo *pueblo* de toda turbiedad retórica, lo opusieron rotundamente a la *burguesía y sus clientes*. “El pueblo — dijo el obrero Beranger — es el conjunto de los que trabajan, no poseen nada y no disponen siquiera de su propia existencia”.

Mientras la *Intelligentsia* sedicente socialista elabora teorías más o menos pacíficas y utópicas (“apelando a la ayuda de los reyes y poderosos para realizar la tarea de redención de la humanidad”) la vanguardia del proletariado, que cuenta con hombres como el estupendo Blanqui, sabe ya bien que la vía redentora comienza con la toma del poder político para una completa transformación política y social.

La revolución de 1848 tuvo este sentido glorioso: por primera vez el proletariado, el auténtico pueblo, aparece con reivindicaciones propias. Es claro que la insurrección proletaria cayó traicionada y ahogada en sangre por los republicanos demócratas que así prepararon el camino a Napoleón el Chico.

Más he aquí que la caída de éste dió lugar al primer hecho que anticipa la gran epopeya futura: la primera revolución puramente popular rematada en victoria. Victoria de pocos días, es cierto, pero tan real y trascendente, que de ella aprendieron no poco los geniales autores del *Manifiesto comunista* y tomaron su lección más profunda los maestros de la otra gran revolución proletaria, la de Rusia.

La *Comuna* evidenció de nuevo la cobardía e inepcia de la burguesía, que después de haber vegetado bajo las botas de Luis Napoleón, se abrazó a las de Bismarck, ayudándole a aplastar la insurrección del pueblo francés encabezado por el proletariado de París.

Eso sí, en la verdadera historia de mañana, la *Comuna* quedará como uno de los resaltos más heroicos, no sólo por el fabuloso denuedo de los obreros que lucharon en ella, sino por haberse anticipado inmortalmente a intentar la obra con cuyo cumplimiento se instaurará la sociedad del porvenir: *la abolición del Estado*, suprimiendo el ejército permanente y reemplazándolo por el pueblo armado, — liquidando el poder del clero y la enseñanza religiosa, — destruyendo la burocracia y el parlamentarismo y reemplazándolos por representantes responsables y

revocables en cualquier momento y pagados con salario obrero. En lo fundamental, la Revolución Rusa retomó y amplió la obra de la *Comuna*, enseñando al pueblo ruso a desligar sus intereses, no sólo de la nobleza, sino de todas las capas de la burguesía.

I I

Sin duda no está de más esta apelación a hechos no tan lejanos frente al detalle más grave de la tragedia que hoy envuelve al mundo. Queremos referirnos a la confusión, hoy endemoniadamente agravada, que pesa sobre las palabras *pueblo y democracia*. En efecto, una tradición y una propaganda aviesas vienen oponiéndose implacablemente al esclarecimiento de estas dos verdades capitales: 1^o) que los gobiernos no representan a las inmensas masas populares, a las verdaderas clases trabajadoras del campo y la ciudad, sino a la pequeña clase dirigente y opresora de cada país, o, dicho de otro modo, que el peor enemigo de un pueblo es su propio gobierno; 2^o) que nunca hubo una democracia efectiva y completa en el mundo, pues la mayor aproximación a ella, la democracia griega, fué minoritaria y erigida sobre las espaldas de innumerables esclavos, y la llamada democracia inglesa se ha desarrollado y desenvuelve sobre las espaldas de millones de obreros y campesinos más o menos esclavizados de los países coloniales y de la propia Inglaterra. En cuanto a la democracia yanqui de Wall Street, ya se sabe que es un pseudónimo de la plutocracia más rapaz del mundo.

La verdadera democracia implica como punto de partida una irrefragable igualdad económica y social, esto es, la abolición de esa fuente de toda injusticia y de todas las desigualdades antinaturales y oprobiosas: *la apropiación privada de los bienes comunes*. Esto es lo mismo que ya intuyeron los profetas de Israel y los primeros Padres de la Iglesia, y Münzer y Moro, antes que los auténticos pensadores sociales de nuestro tiempo.

La democracia del porvenir — la realización máxima de la libertad humana — se iniciará con la emancipación del trabajo, esto es, con la abolición del capital — que ha resultado el más negrero de todos los amos de la historia, — pues, como lo vieron Hall y otros antes que

Marx, entre el capital y el trabajo no hay conciliación posible.

La democracia socialista de mañana, más que un mero hecho económico y político, será un grandioso hecho espiritual: la inauguración del clima edénico de la planta hombre, esto es, aquel en que la sacra persona humana podrá desplegar todas sus posibilidades internas y externas.

Por eso es que el desenlace del titánico drama que vive la humanidad de hoy debe interesar entrañablemente a todos, y al escritor, atalaya espiritual, en primer término. Porque él, más que nadie, está obligado a denunciar, puntualizando en todos sus siniestros detalles, la universal coalición contra la verdad.

Hoy como ayer, pero más que ayer, todos los gobiernos del mundo — el Vaticano o Berlín, Moscú o Washington, Tokio o Londres — se alzan armados con todas las armas contra la verdad de sangre y llanto de los pueblos sojuzgados. Si, como parece, la suerte está echada ya en favor de los “democráticos”, no por eso podemos dejar de irnos preparando para lo peor; un nuevo y más inicuaamente fraudulento Tratado de Versailles *made in U. S. A.*, y los que creyeron librarse del nazismo despertarán de su sueño angelical. Mas tamaño designio no ha de cumplirse si la historia se opone. Que es lo que tenemos obligación de esperar, a tal punto las contradicciones internas del capitalismo parecen insalvables y a tal punto tienen que estar maduros, no sólo el poder de reacción expansiva de las masas aplastadas, sino, lo que vale más, la capacidad de visión y de acción revolucionaria de las vanguardias obreras.

Y aquel que está señalado para la mayor audacia de la inteligencia, el escritor que quiera ser hoy digno de tal nombre, es decir, digno de nuestra época — una época que, de juro, va a partir en dos la historia de la humanidad — debe esforzarse por dar carta de ciudadanía política y espiritual a esa esperanza. Es su deber irrenunciable.

Notas sobre el materialismo histórico

1.— El materialismo histórico puede considerarse desde tres puntos de vista: a) como un conjunto de experiencias y datos nuevos que penetran en la conciencia de los historiadores; b) como método de investigación sociológica; c) como parte integrante de una filosofía designada por "marxismo", que sigue elaborándose y cuya vitalidad está asegurada por la Revolución Rusa y sus repercusiones en todos los campos de la actividad humana.

2.— ¿Qué debe entenderse por datos de la conciencia histórica? Todos los hechos que pueden influir en el curso de los acontecimientos. Estos hechos pueden agruparse en categorías. Así, podemos distinguir categorías de hechos políticos, jurídicos, económicos, y muy especialmente, siguiendo la terminología hegeliana, las creaciones del espíritu libre: el arte, la religión y la filosofía.

Ha ocurrido que algunas de estas categorías o creaciones absorbían de tal manera la vida de una colectividad, que podían caracterizar una época. El derecho romano, por ejemplo, producto de la vida jurídica de Roma, resume el desarrollo de una civilización. El Renacimiento se resume en el arte, especialmente la pintura y la navegación, mientras que el catolicismo encarna en la Edad Media todas las aspiraciones universalistas de la Europa occidental.

3.— Estas creaciones son a veces tan perfectas que cobran relieve propio y se independizan hasta cierto punto del medio histórico y social que las vió nacer y desarrollarse. Como, por otra parte, están íntimamente unidas a las actividades y aspiraciones todas de ese medio, y es precisamente el secreto de su perfección, se comprende que el pensamiento crítico, en la primera etapa de su desarrollo, no advirtiese las relaciones de dependencia mutua entre las diversas categorías de hechos. Aún más, no sólo atribuyó a varias de estas creaciones espontaneidad absoluta y postuló una superioridad de orden genético y moral, sino que ignoró sistemáticamente una serie importante de hechos, o sea, toda la actividad económica de los hombres. En efecto, no es reflexión sistemática, y es la única digna de considerarse en la evolución del pensamiento humano, comprobar empíricamente la existencia o aún la importancia de esta actividad específica. Aristóteles mismo, en su célebre *Política*, no fué más allá de una distinción entre el valor de uso y el valor de intercambio de las mercancías. No distingue claramente los hechos económicos y no les asigna la importancia que merecen en el desarrollo de las sociedades humanas.

4.— Esta actitud general, que perdura hasta nuestros días, aunque perdida ya su arrogancia primitiva, es en parte el resultado de una desviación idealista. Los hombres no tienen la osadía de reconocer cual móviles de acción, propósitos o finalidades que se juzgan de orden inferior o subalterno. Sucede en este terreno lo que se observa en el de la psicología. ¡Cuánto costó que los psicoanalistas hicieran admitir el carácter específico del instinto sexual y su importancia como factor determinante en la vida del espíritu! En uno y otro caso, el disfraz idealista encubre la verdadera naturaleza de los móviles y de los impulsos, ya sean individuales o colectivos. Se ha constituido así lo que se conoce bajo el nombre de "ilusionismo social". (Arturo Labriola).

Marx nos ha puesto en guardia contra este ilusionismo en el prefacio de su *Crítica de la economía política*, publicada en 1859. Cuando se abre una era de revolución social, "el cambio que se ha producido en la base económica trastorna lenta o rápidamente toda la colosal superestructura. Al considerar tales trastornos, conviene distinguir siempre entre el trastorno material de las condiciones de producción económicas..... y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas bajo las cuales toman conciencia los hombres de este conflicto y lo resuelven. Así como no se juzga a un individuo conforme a la idea que él se forja de sí mismo, tampoco se puede juzgar una época de trastornos tales según la conciencia que se ha formado de sí misma". (1).

Diez años después, en *El 18-Brumario de Luis Bonaparte*, comentaba y reforzaba su regla metodológica en los términos siguientes: "Sobre la base de las diferentes formas de la producción (sobre las diferentes formas de propiedad) y de las condiciones sociales de existencia, se eleva toda una superestructura de sensaciones, de ilusiones, de maneras de pensar y de concepciones filosóficas particulares. Cada clase crea y forma sus impresiones, sus ilusiones, sus maneras de ser, de acuerdo con sus condiciones materiales de existencia y las relaciones sociales correspondientes. El individuo aislado que las recibe de la tradición o de la educación, puede imaginarse que ellas constituyen los verdaderos motivos y razones determinantes de su acción". (2).

5.— De esta mentalidad que crea un terreno propicio para el desarrollo del ilusionismo social, nos ofrece la historia de Chile un típico ejemplo concreto en la interpretación de la Revolución del 91.

Según la doctrina oficial y consagrada, Balmaceda fué derrocado porque se empeñó en interpretar a su manera, que no era la del Congreso, el art. 73 de la Constitución sobre las atribuciones especiales del Presidente, entre otras, la de nombrar y renovar a su voluntad a los Ministros del Despacho. El conocido político y publicista radical A. Koenig resumió esta doctrina interpretativa en los términos siguientes: "La Revolución..... ha sido el resultado de una cuestión de derecho. La lucha entre el Presidente y el Congreso ha sido una alta cuestión constitucional; cada poder defendía sus prerrogativas alegando en su favor la historia, las prácticas establecidas, textos y comentarios". (3).

La lucha por el monopolio del salitre se desarrollaba, al parecer, en un mundo aparte.

Veamos la realidad.

Sobre las intrigas por el monopolio del salitre, que envolvía el de los ferrocarriles salitreros, y cuyo resultado previsible era lo que Balmaceda, en su histórico discurso de Iquique, el 7 de Marzo de 1889, calificó de "dictadura de Tarapacá", hay numerosos testimonios. Así, refiriéndose a Julio Zegers, dice Bañados Espinosa lo siguiente, en la página 317 de su obra ya citada: "Junto a este abogado, que ha sido ministro de Estado, que es uno de los *leaders* del partido Liberal, que muy luego estará a la cabeza de un grupo desagregado de la mayoría gobiernista, que fué Consejero de Estado hasta principios de Julio de 1889, que no tardará mucho en acaudillar un movimiento revolucionario y que hoy día (1893) es Presidente de la Cámara de Diputados, había otros que auxiliaban la defensa de los intereses de North, no obstante su representación en el Congreso".

Después tenemos el testimonio de P. P. Figueroa. En su *Diccionario Biográfico de Chile*, (4) nos traza una semblanza de ese connotado político liberal, de quien dice: "Su influjo político le permitió servir los intereses industriales de la Cía. Inglesa de Salitres de Tarapacá, de la que era jefe Mr. John Thomas North, como abogado de dicha empresa extranjera, utilizando su puesto de Consejero de Estado para obtener grandes ventajas del Estado y pingües utilidades como agente administrativo. El Comité de Londres lo acusó públicamente en 1896 de haber recabado sumas considerables para las gestiones que le tenía encomendadas ante el Gobierno, en las que, según sus informaciones, había influenciado altos funcionarios públicos. En 1901 don Joaquín Walker Martínez y don Alberto Gandarillas, calificaron en documentos públicos, en *El Ferrocarril*, su conducta política, censurándole su intromisión en los negocios nacionales".

Si en Bañados Espinosa y en Figueroa, el despacho del derrotado pudiera hacernos dudar de su testimonio, ahí está el de los dos políticos del partido Conservador, que pertenecían al campo de la revolución triunfante. Joaquín Walker Martínez fué Ministro de Hacienda de la Junta de Iquique, y en calidad de tal asistió a la batalla decisiva de Placilla, donde le cupo el honor de dar de puntapiés a los cadáveres de los heroicos generales Barbosa y Alcérrika, en quienes previamente se había cebado la soldadesca "constitucional".

Las tendencias monopolistas del capital extranjero combinaron armoniosamente los intereses de las grandes potencias europeas, Inglaterra, Alemania y Francia, como lo evidenció más tarde la actitud de los respectivos ministros ante el Gobierno de Chile durante la Revolución del 91. Estas tendencias se trasladaron al plano político y dividieron al Partido Liberal. Salas Edwards, (5) comentando la ruptura, dice al respecto: "Balmaceda y sus más autorizados colaboradores de administración atribuyeron esta última y crítica escisión del Partido Liberal a causas en parte ajenas al convencimiento político, y que no es posible dejar de conocer, dada su gravedad. Se habló entonces en los círculos de gobierno y se ha repetido posteriormente por varios historiadores, como Bañados, Villarino, y otros, que

el diputado Zegers, que había sido la mejor espada de defensa del Presidente en el Congreso y en los comités, había inducido a sus amigos a que abandonaran la Moneda movido por el profundo disgusto que había causado en su ánimo la desestimación que el Presidente había hecho de los valiosos intereses de la Cía. Inglesa que aspiraba a mantener el monopolio ferrocarrilero de Tarapacá". A iniciativa de Balmaceda, el Consejo de Estado, por sentencia del 13 de Septiembre de 1889, declaraba incompetente a la justicia ordinaria para conocer de la demanda interpuesta por la Cía. de los Ferrocarriles Salitreros de Tarapacá (*Nitrate Railways*). Se ratificaba de esta manera el decreto del 29 de Enero de 1886 que declaró caducado el privilegio que North había adquirido de la primitiva firma concesionaria, Montero Hnos.

En la obra de Salas Edwards hay detalles reveladores sobre las gestiones de North, "el rey del Salitre", como lo denominaba la prensa inglesa, "principal accionista de la Cía. Ferroviaria de Tarapacá, y de las principales empresas salitreras de aquella época, que había llegado a Santiago con el fausto y la obsequiosidad de un nabab para proponer al Gobierno chileno a nombre de un sindicato de capitalistas, la compra de sus pampas salitreras inexploradas". (pág. 152). Balmaceda rechazó con altivez estas pretensiones y dió en privado la respuesta que después precisó en su discurso de Iquique. "El Estado", declaraba:

"había de conservar siempre la propiedad salitrera suficiente para resguardar, con su influencia, la producción y su venta, y frustrar en toda eventualidad la dictadura industrial de Tarapacá. Es oportuno marcar el rumbo, y por lo mismo señalo en los perfeccionamientos de la elaboración, en el abaratamiento de los acarrees, en los embarques fáciles y expeditos, en la disminución de los fletes y del seguro de mar, y principalmente en el ensanchamiento de los mercados y de los consumos, los provechos que la codicia y el egoísmo pretendiesen obtener del monopolio".

Más adelante manifestaba su intención de nacionalizar todos los ferrocarriles particulares: "Espero que en época próxima todos los ferrocarriles de Tarapacá serán propiedad nacional; aspiro, señores, a que Chile sea dueño de todos los ferrocarriles que crucen su territorio".

Según Salas Edwards, desde ese discurso, el elemento extranjero se predispuso en contra de Balmaceda. (pág. 154)

6.— El período del Gobierno de Balmaceda coincide con las primeras huelgas de importancia en la región salitrera, en las faenas marítimas de Valparaíso y en la capital. En Santiago, las manifestaciones adquirieron un tono de violencia que culminó en los desmanes contra los tranvías urbanos. Nació a la vida política el partido Democrático, cuyos miembros pertenecían en su mayoría a las sociedades de artesanos. Los movimientos del norte preocupaban en mucho mayor grado a la clase gobernante por sus repercusiones económicas e internacionales. El presupuesto de la Nación se había inflado mediante el derecho de exportación fijado al salitre. Esto permitía emprender grandes obras públicas sin menoscabo de la estabilidad fiscal, porque el presupuesto se cerraba con superávit. Las prin-

cipales empresas salitreras se encontraban en poder del capital extranjero, excepto la Cia. de Salitres de Antofagasta, cuyo control definitivo se perdió mucho después, en 1926.

Balmaceda fué acusado por sus opositores de lenidad en la represión de las huelgas y hubo interpelaciones en el Congreso. El Presidente siempre se resistió al empleo precipitado de la fuerza pública en estos casos, particularmente cuando se trataba de conflictos en la zona del salitre. Esta actitud irritaba sobremanera a la oposición, en la que figuraban, como se ha visto, políticos gestores al servicio de las empresas extranjeras. El conservantismo social y las tendencias monopolistas se unieron para determinar el curso fundamental de los acontecimientos que culminaron en la derrota de Balmaceda en Placilla. La pantalla ideológica de los opositores fué el "constitucionalismo".

Es oportuno y viene al caso reproducir algunas reflexiones útiles de L. Trotsky sobre criterios interpretativos. "Si este conflicto — se refiere a las jornadas de Julio de 1917 en Petrogrado — se hubiera producido a fines de la Edad Media, ambos bandos al despedazarse habrían invocado el mismo texto de la Biblia. Historiadores formalistas llegarían después a la conclusión de que estaban luchando por la correcta interpretación de textos. Los artesanos y campesinos analfabetos de la Edad Media se lanzaban con sorprendente frenesí al sacrificio de sus vidas en defensa de sutilezas filológicas en las Revelaciones de San Juan, tal como los Separatistas rusos se dejaron exterminar con el fin de resolver si debía uno santiguarse con dos dedos o con tres. En realidad, tanto ahora como en la Edad Media, bajo fórmulas simbólicas semejantes se oculta un conflicto de intereses vitales que debemos aprender a descubrir. El mismo verso del evangelista significa servidumbre para unos, libertad para otros". (6).

Y respecto a las consignas políticas bajo las cuales se desarrolla un conflicto, Trotsky agrega estas observaciones provechosas: "Hay una analogía moderna más reciente. En las jornadas de Junio de 1848 en Francia, el mismo clamor surgía de uno y otro lado de las barricadas: ¡Viva la República! De ahí que al idealista pequeño-burgués la lucha de Junio se le apareciera como un malentendido provocado por desatención, de una parte, y arrebató de la otra. En realidad, la burguesía quería una república para sí, los obreros una república para todos. Las consignas políticas sirven más a menudo para disimular los intereses que para llamarlos por su nombre".

7.— A pesar de los testimonios concluyentes e irrecusables sobre la influencia determinante del desarrollo económico de Chile en su vida política durante el período del auge salitre-ro y, en particular, en la génesis y desenvolvimiento de los sucesos del 91 (las revoluciones como las guerras no son sino la "continuación de la política por otros medios"), persiste aún la leyenda que sólo quiere ver en aquellos hechos una lucha ideal por principios de derecho público. Este verdadero mito se inculca en las generaciones nuevas por la prensa y por los textos de enseñanza. La doctrina oficial queda expresada en el juicio de Koenig ya reproducido.

La persistencia de este mito no obedece, como en las sociedades de la antigüedad, a las leyes de una mentalidad inge-

nua que se debate en las redes del espíritu teocrático. Se trata de una construcción semi-conciente que el interés de una clase que vela por su prestigio, dicta a sus representantes en lo político y en lo cultural. Es una reacción de defensa contra una clase insurgente que, con las armas de la crítica primero y luego en la lucha social, pretende desalojarla de su posición dominante.

8.— Para destruir este mito y, en general, todas las supersticiones que elabora la pedagogía histórica en provecho de las clases privilegiadas, resulta de una eficacia insustituible la regla metodológica de Marx, que se ha incorporado en forma definitiva a la historiografía. El conocido historiador, filósofo y político italiano Benedetto Croce, la fórmula en los términos siguientes: "Dirigir nuestra atención sobre la infraestructura de la sociedad, a fin de comprender mejor sus configuraciones y sus cambios". (7). Y Sorel la enuncia en esta forma: "Nunca hay que discurrir sobre el derecho, las instituciones políticas, las ideologías del arte, de la religión o de la filosofía, sin representarse, en toda su realidad, la vida económica del pueblo considerado, con la división histórica en clases, con el desarrollo de los procedimientos técnicos y con las condiciones naturales de productividad". "Este cotejo", agrega Sorel, "que así se establece entre la infraestructura de una sociedad y su superestructura, arroja viva luz sobre todo lo que ésta contiene y señala a menudo la ruta que permite sorprender su historia". (8).

9.— En concepto de experiencia histórica o moral, los hechos económicos no son valorizados por el hombre de la antigüedad. Hay, es verdad, aquí y allá, intuiciones, geniales algunas; pero no supo aprovecharlas, porque estaba preso en las redes de la mitología o de la religión asociadas a esa razón de Estado en cuyo nombre se dió muerte a Sócrates.

Como siempre, el arte se anticipa a la ciencia y a la filosofía. Así, Aristófanes, en su admirable comedia *La paz*, escrita 420 años antes de nuestra era, el año 13 de la guerra del Peloponeso, y con la intención manifiesta de promover un movimiento de opinión destinado a consolidar la tregua de cincuenta años pactada con Esparta, levanta el velo con que se encubrían los partidarios de la guerra y muestra al desnudo sus miras interesadas. Los dos partidos que entonces se dividían a Atenas aparecen en esta comedia tras una alegoría transparente: por un lado las personas amantes de la paz, en el coro de labradores que ayuda al protagonista, Trigeo, en la tarea de libertar a la patria de la guerra, y por el otro lado las gentes que se agrupaban en torno al aristócrata Alcibiades en una camarilla de comerciantes de penachos, corazas, lanzas, trompetas y cascos. Estos últimos personajes salen a escena uno en pos de otro para lamentarse de la ruina que amenaza sus lucrativas industrias de guerra. (9).

Vemos que Aristófanes supo valorizar en el terreno del arte una experiencia con la actividad de los traficantes de armas; pero esta experiencia no sirvió ni de lección ni de hilo conductor para orientarse en la espesa maraña de los hechos sociales desfigurados por el simbolismo mitológico. En efecto, Aristófanes compartía la creencia, común a sus contemporáneos, de que Pericles, temeroso de correr la misma suerte de su

amigo Fídias, el escultor, acusado de haber sustraído parte del oro destinado a la estatua de Minerva, hizo decretar la guerra contra Megara para distraer a la opinión pública de este asunto. Y ésta sería, según se desprende de un discurso que Aristófanes pone en boca del dios Mercurio, la causa de la guerra del Peloponeso.

Una mentalidad que admite esta hipótesis tan simplista y transforma un episodio secundario en factor dinámico fundamental, no puede sacar provecho de una experiencia histórica pese al logrado intento de expresarla en una hermosa alegoría. Por eso es que cuando los historiadores de la antigüedad, y en pos de ellos los filósofos idealistas de la historia, buscaban algo más que la explicación aparente de los hechos, recurrían a la teoría del gran hombre o a la doctrina vaga del genio de una época, o a la concepción del espíritu de la Historia.

10.— Algunos siglos más tarde, en plena era cristiana, encontramos otra experiencia resumida en dos episodios de los Evangelios: el del joven rico incapaz de renunciar a sus riquezas y que motiva la exclamación: "Mas os digo, que más liviano trabajo es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios", y la del rico insensato del Evangelio de Lucas. Esta última experiencia se expresa en una fórmula maravillosa por su concisión y exactitud: "Porque donde está vuestro tesoro, ahí también estará vuestro corazón". Por eso agrega el evangelista, "hacedos tesoro en los cielos, donde ladrón no llega, ni polilla corrompe".

Andando el tiempo, el materialismo debía generalizar el concepto expresado en la primera proposición y darle un contenido histórico, al par que en su aplicación práctica el socialismo rechazaba la segunda y formulaba un ideal de conducta, libre de toda orientación mística y adecuado a las necesidades de la lucha proletaria.

11.— El ilusionismo social encuentra su expresión más sublimada en la religión. Las contradicciones del mundo temporal se proyectan al cielo desfiguradas por el simbolismo religioso. Esto permite una crítica filosófica de la religión cuando la lucha política desembozada es imposible. Por eso decía Marx que "la crítica de la religión es la premisa o punto de partida (Voraussetzung) de toda crítica". (10). De ahí la preferencia por este género en los tiempos de absolutismo o restauración. Pero la crítica volteriana y, en general, la que pretende refutar la religión mediante la ciencia, es estéril y aún contraproducente. Lo que interesa no es refutar la religión, sino superarla, y para ello precisa un método más eficaz que las clásicas argumentaciones de la trillada polémica anticlerical. El materialismo histórico disuelve la religión en su base temporal y demuestra cómo, por qué, bajo qué condiciones nace y se desarrolla una concepción religiosa determinada, y marca los límites en el tiempo de aquellas condiciones. (11).

12.— El materialismo histórico ha sido resistido principalmente por su función destructora de ilusiones. Siguiendo el ejemplo de Hegel, que no escatimó el epíteto injurioso para el materialismo de la antigüedad, sus adversarios teóricos suelen perder la compostura propia de la argumentación razonada, para desahogarse en ataques enconados contra su aparente y su-

puesto desprecio de la naturaleza espiritual del hombre. Sin advertirlo, dan así testimonio implícito de los intereses materiales en juego y de las fuerzas sociales que se agitan bajo la superficie de la especulación filosófica.

Todos los argumentos de tipo ético-idealista olvidan el marco histórico en que Marx inició sus investigaciones y no tienen presente ni los móviles subjetivos ni el problema preciso que intentó resolver con su paso de la especulación filosófica a la economía política.

El mundo en que Marx nació a la vida del espíritu presentaba el cuadro de una sociedad profundamente dividida, en que las desigualdades económicas y políticas empezaban a exacerbar los antagonismos de clase. La inseguridad económica permanente, la miseria de las masas, las guerras que comprometían territorios cada vez más extensos, todas estas contradicciones se proyectaban en la conciencia individual dando origen a conflictos íntimos, y el alma herida proyectaba sus dudas a la esfera de la filosofía y su dolor al cielo de la religión.

La sociedad creó el ambiente propicio, la sensibilidad dió el ímpetu a la investigación, y el amor intenso por la verdad puso a Marx en el camino de su doctrina. El fenómeno religioso fué el punto de partida de su especulación, porque era el fenómeno inmediato y cuyo análisis apasionaba a los hombres de su época. Marx, ahondando en el surco de Feuerbach, que explicaba la religión como producto del hombre, concebido en toda su generalidad humana, buscó en las condiciones objetivas de una sociedad determinada la génesis del "enagenamiento" que impulsaba al hombre a proyectar su angustia hacia arriba para encontrar un consuelo en el espejismo de la fe irracional.

"La lucha contra la religión", dice Marx. "es, pues, la lucha mediatizada contra aquel mundo cuyo aroma espiritual es la religión..... La religión es el suspiro de la criatura oprimida, el alma de un mundo sin corazón, como asimismo, el espíritu de un mundo insulso. Es el opio del pueblo. La superación de la religión como dicha ilusoria del pueblo es la exigencia de su dicha real. La exigencia de abandonar las ilusiones sobre su estado entraña la exigencia de abandonar un estado de cosas que ha menester de ilusiones. Luego, la crítica de la religión contiene en germen la crítica del valle de lágrimas cuyo nimbo es la religión..... Por lo tanto, la crítica del cielo se convierte en crítica de la Tierra, la crítica de la religión en crítica del Derecho, la crítica de la teología en crítica de la política". (12).

13.— Con esto planteaba el problema de la investigación de la realidad social, que intentó resolver teóricamente en *El Capital* y prácticamente con su participación en las luchas sociales de su tiempo.

Y su método debía forzosamente llevarlo de la mano a este terreno, puesto que en su 4ª tesis sobre Feuerbach proclama que el deber del hombre como resultado de su análisis, no consiste sólo en disolver el mundo religioso en su base temporal. "El hecho de que la base temporal se desprenda de sí misma y se fije en las nubes cual reino autónomo, sólo se explica por la disociación y la contradicción interna de esta base tem-

poral. Por lo tanto, ésta debe comprenderse en su contradicción y revolucionarse prácticamente". (13).

La empresa de Marx fué una aventura heroica del pensamiento. No a la manera idealista y cómoda, que en la persona del filósofo Hegel sabe conciliar la audacia de las concepciones con un servil apego al Estado absoluto y despótico, sino como entrega apasionada a la causa de la revolución proletaria que, junto con resolver el problema práctico de los antagonismos sociales mediante la supresión de las clases, debía poner fin a la enagenación del hombre y a la angustia humana reflejada en la religión.

A los moralistas que no ven en el materialismo histórico sino una filosofía disolvente, que priva al hombre de su fe en móviles ideales desinteresados, para arrojarlo a la vorágine de las pasiones y de los apetitos materiales generadores de incertidumbre y dolor, Marx les ha dado una respuesta definitiva: "La crítica ha deshojado la flor imaginaria de la cadena, no para que el hombre lleve una cadena de pesadumbre inanimada, sino para que arroje la cadena y coja la flor viva". (14).

BIBLIOGRAFIA

- 1.—Pág. 5, ed. Giard & Briere, Paris 1909.
- 2.—A falta del texto original inglés, hemos utilizado dos versiones francesas: la que reproduce Labriola en Karl Marx, pág. 18, M. Riviere, Paris 1910, y la de Marcel Ollivier, del alemán, en El 18-Brumario, pág. 54, Ed. Soc. Int., Paris 1928.
- 3.—J. Bañados Espinosa en Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891, t. II, pág. 51, Paris 1894.
- 4.—Pedro Pablo Figueroa, Diccionario Biográfico de Chile, t. III, 4ª ed., Santiago.
- 5.—Ricardo Salas Edwards, Balmaceda y el parlamentarismo, t. I, pág. 186, Santiago 1914.
- 6.—León Trotsky, Historia de la Revolución Rusa, (en inglés) vol. II, pág. 66, Simon and Schuster, New York 1937.
- 7.—Materialismo histórico y economía marxista, pág. 128, Giard & Briere, Paris 1901.
- 8.—Prefacio a La interpretación económica de la Historia, de E. R. A. Seligman, pág. XXXVII, M. Riviere, Paris 1911.
- 9.—Comedias de Aristófanes, pág. 186 y sgts., t. II de la traducción directa al español por F. Baráibar y Zumárraga, Madrid 1913.
- 10.—Crítica de la filosofía del derecho de Hegel, pág. 263 de La ideología alemana, t. I, ed. Króner, Leipzig 1932. Este ensayo se publicó en los "Anales franco-alemanes" a principios de 1844.
- 11.—Hemos indicado escuetamente en qué estriba la diferente apreciación que hacen del fenómeno religioso, el materialismo burgués por una parte, y el materialismo histórico por otra. El tema ha sido desarrollado con amplitud y sagacidad por J. Harper en Lenin filósofo (Lenin als Philosoph), en subtítulo, "Consideraciones críticas sobre los fundamentos filosóficos del leninismo", Amsterdam 1938. "Babel" está preparando una traducción al castellano, que espera entregar al público a fines del presente año.
- 12.—Crítica de la f. del d. de H.
- 13.—Tesis sobre Feuerbach, t. II, pág. 3 de La Ideología, en la ed. citada más arriba. Hay una traducción francesa en el volumen Nº 19 de la Biblioteca Marxista publicada por las Ed. Soc. Int., pág. 71-74, Paris 1935. Las Tesis fueron redactadas por Marx en Bruselas, en 1845.
- 14.—Crítica de la f. del d. de H.

James Cadman

Geopolítica: un mito imperialista

Desde la llegada de Hitler al poder hemos oído hablar en forma persistente aunque vaga de un nuevo cuerpo de doctrina política y económica bajo el nombre de Geopolítica, que los nazis han formulado, al parecer, como principio y guía de acción. Esta teoría no se atribuye sólo a la inventiva nazi, sino al pensamiento alemán de la última centuria o más aún, a la expresión del antiguo sueño germánico de conquista mundial.

La Geopolítica es una teoría por la cual la historia está determinada por la lucha de los pueblos a fin de obtener la mayor ventaja posible de su medio geográfico. Al comienzo de su desarrollo, como estudio científico del significado económico de la geografía, expresaba las necesidades de la naciente burguesía industrial para encontrar áreas de inversión y tenía cultores en todos los poderes capitalistas en ascenso. Sólo en la era del monopolio, la Geopolítica se convirtió en una justificación total del imperialismo. Lo que empezó con Hugo Grocio, Montesquieu y Kant, como intento de una ciencia geográfica, política y económica, degeneró en una compilación ecléctica de apología imperialista.

Las principales "autoridades" en Geopolítica, en su forma moderna y más virulenta, han sido los alemanes. Esto se debe del todo al tardío desarrollo económico y político de Alemania, que necesitaba una expresión más decidora de sus necesidades, que la requerida por el desarrollo gradual y superior de los imperialismos de Francia y Gran Bretaña. Alemania, económicamente atrasada y políticamente desunida hasta 1870, manifestó su primera exigencia de poder económico y de cohesión política cuando Francia y Gran Bretaña estaban ya muy adentradas en el camino del desarrollo capitalista para la construcción de sus imperios. Lo que Francia y Gran Bretaña hacían, los alemanes estaban soñándolo y escribiendo acerca de ello. Fué en medio del *Sturm und Drang* por la unificación nacional que aparecieron los primeros y reales formuladores de la Geopolítica en Alemania. Karl von Clausewitz, teórico militar por excelencia, proveyó junto con la importancia de la topografía en la guerra, el concepto del "espacio" (*Raum*) y muchos de los materiales que posteriormente fueron expuestos en forma política. Frederick List fué para la burguesía alemana lo que Adam Smith para la británica. Estudiante del federalismo americano y fiel defensor de la política de Alexander Hamilton (con quien colaboró en los Estados Uni-

dos), List reconoce la necesidad de la unificación germánica tras fronteras nacionales inexpugnables como único modo de asegurar la paz. Con el Rin como límite permanente entre Francia y Alemania, los Alpes con Francia, Italia y Austria (abogaba por la devolución del Véneto a Italia para que la frontera natural fueran los Alpes) y los Pirineos como baluarte entre Francia y España, el *statu quo* podía mantenerse indefinidamente. Aplaudió la Doctrina Monroe como un gran paso de los Estados Unidos en la creación de una entidad política y económica.

Sin embargo, tales complacencias y especulaciones de estos y otros teóricos alemanes (Fichte, Karl Ritter, Von Treitschke) eran verificadas en la realidad por la tremenda expansión colonial más allá de los mares, por Francia y Gran Bretaña. Así mientras constituía un sueño alemán, la Geopolítica era realizada por otros poderes imperialistas que también tenían su literatura propia en este campo. El pensador más prolífico de la escuela geopolítica inglesa fué Sir Halford Mackinder, de la Escuela de economía de Londres, cuyas ideas tienen notable parecido con la escuela nazi de Haushofer y Banse. Mackinder sostenía que toda la historia europea estaba influenciada principalmente por la lucha de los poderes oceánicos contra los no oceánicos. Europa y Asia constituían el centro del mundo, el corazón de la tierra, (*heartland*) según su denominación, e Inglaterra, Australia, Japón y el hemisferio occidental, eran meros apéndices de ese centro. De ahí que pidiera una alianza de Inglaterra, Estados Unidos y el Japón para detener la combinación ruso-germano-china. Mackinder no hacía más que formular la ansiedad de Gran Bretaña por el rápido crecimiento del poder alemán y la potencial amenaza de la Rusia zarista en el Cercano Oriente, por lo que anhelaba un entendimiento con los otros dos nuevos imperialismos en beneficio del *statu quo*.

Otro inglés que hizo mucho por dar su forma moderna a la Geopolítica fué Lord Curzon, uno de los más brutales virreyes de la India, Secretario de Relaciones Exteriores en 1919, quien trató principalmente el problema de las fronteras. Sostenía que la creciente complejidad y enredo de las relaciones políticas y económicas modernas requieren un sistema de fronteras más flexibles, más adaptadas a las necesidades particulares de cada nación, evitando así la necesidad de los cambios fronterizos por medio de guerras y conflictos. Por tanto, las esferas de influencia y protectorados deben ser cedidos a las naciones más importantes, para permitirles la expansión económica sin tener que hacer frente a límites rígidos e inflexibles. Puede verse hasta qué punto convenía tal esquema a la política de Inglaterra, de gradual infiltración en el cercano, medio y lejano Oriente, como primer paso hacia el control directo. Curzón insistía también en la creación de estados tapones entre los poderes continentales más grandes, a fin de separarlos. Por ejemplo, Afghanistan entre la India y Rusia. Esta

teoría no tomaba en cuenta la creciente tendencia de los grandes imperialismos para dominar los pequeños estados y la incapacidad de estos para mantener siquiera un *statu* independiente nominal; tendencia que apresuró el mismo Curzon cuando instigó en 1920 el ataque polaco a la Rusia soviética para imponer la línea Curzon como límite entre los dos países. La posición de Curzon respecto de las fronteras es similar a la de los nazis, que sostienen que las fronteras deben considerarse de acuerdo a las conveniencias o posibilidades del momento.

Y aquí llegamos a los escritos políticos de la escuela nazi y principalmente a los de Karl Haushofer, director del Instituto Geopolítico de Munich. Bajo la máscara de la ciencia, la escuela de Haushofer no es más que un disfraz para esconder los anhelos imperialistas de los nazis; una pseudo teoría que comprende un conglomerado de falsedades y tergiversaciones, enteramente ilógica e inconsistente, retorcida y pulida para justificar cada nueva guerra.

Las ideas de Haushofer comprenden todas las patrañas con que los nazis explican sus acciones. En resumen es como sigue: La voluntad humana crea un grupo; el grupo forma un pueblo; este pueblo necesita cierta zona para vivir; surgen luchas entre las diferentes "razas" por el control del espacio vital (*Lebensraum*) con el resultado de que sobreviven las "razas" más fuertes y viriles, gracias a la satisfacción de sus necesidades territoriales (geopolíticas). El estado es el instrumento del pueblo para el apoyo de sus legítimas necesidades económicas y en este carácter debe coordinar toda la economía de una nación, en pie de guerra total. Así es la "explicación" nazi de la opresión y represión del Estado. Tal es el fundamento de la conocida fraseología de las consignas nazis: la degeneración del imperio británico y la necesidad alemana de hacerse cargo de su herencia, etc.

Las contradicciones son voluminosas. El mundo se compone de tres áreas geopolíticas: Europa, Asia y el Hemisferio Occidental. Haushofer "probó" originariamente que Estados Unidos debía tener desde el punto de vista geopolítico el control de la América del Sur. ¿Por qué entonces el Eje pretende ahora oponerse a esto? Antes del pacto Stalin-Hitler, Haushofer escribía en su revista, *Zeitschrift der Geopolitic*, que Rusia no era más que un remiendo de minorías racialmente impuras y que debía caer con el tiempo bajo el control de Alemania; después del pacto aclamó a Rusia como una de las grandes unidades geopolíticas del mundo, insistiendo en que Persia, Afghanistan y todo el medio Oriente debían pertenecerle lógicamente. A cada nuevo acontecimiento la "teoría" es alterada para satisfacer la nueva situación. Los geopolíticos nazis saludaron entusiasmados caracteres tan diversos como Chiang-Kai-Shek, Getulio Vargas y Mahatma

Gandhi como "fascistas" en diversas épocas. Sin embargo, esto sólo correspondía a la política extranjera de los nazis. Quien quiera que se colocaba en contra de Inglaterra o los Estados Unidos caía en la categoría de buen "fascista".

Los nazis han establecido escuelas para el estudio de la "Geomedicina", "Geofísica" y "Geopsicología", etc. Estos no son más que campos de entrenamiento de funcionarios imperialistas para ser mandados a los países y colonias conquistados.

El oportunismo y la inconsistencia de esta seudoteoría refutan el mito de que la Geopolítica es una "heliografía" científica para la conquista, un plan que detalla minuciosamente toda nueva operación nazi. Actualmente los estados capitalistas están incapacitados por su propia naturaleza de hacer tales planes ni aún para la conquista; ellos se ven arrastrados por las contradicciones básicas del sistema capitalista de un intento de conquista en otro, y todos deben luchar por la dominación mundial para prolongar su existencia durante otro período. No es la Geopolítica la que determina los cambios internacionales, sino los cambios internacionales los que determinan la Geopolítica. La falta de honestidad en las declaraciones y exigencias nazis no se debe a una bajeza inherente al carácter alemán, sino porque los nazis son incapaces de fijar de antemano cuáles serán sus próximos movimientos. Son empujados más y más por las insaciables demandas del capitalismo alemán y la seudociencia de la Geopolítica debe servirles como "atajo" ante el propio pueblo alemán y el mundo.

El argumento fundamental en que descansa toda la "teoría" es que la lucha de los pueblos para conquistar su geografía es la principal determinante histórica. Pero la geografía del mundo ha cambiado poco en los últimos mil años. Esto es, en ciertas condiciones geográficas, el hombre ha construido gradualmente un complejo sistema de relaciones productivas, sociales y económicas en el cual el factor geográfico ha tenido una importancia secundaria. Por otra parte, la lucha de clase ha tenido una significación primordial en toda la historia del mundo civilizado desde el primitivo comunismo. El papel que correspondió a la geografía en cualquier período estaba determinado por los avances de la producción que se conseguía por medio de la lucha de clases. Por ejemplo, las montañas y los océanos constituyeron virtualmente barreras infranqueables para el intercambio durante épocas, hasta el advenimiento de la industria moderna mediante la victoria de la burguesía sobre el feudalismo. La evidente falsedad de la "teoría" geopolítica no impide, sin embargo, a los imperialistas usarla. La usan no sólo los fascistas sino también los "demócratas".

Un significativo ejemplo del interés imperialista americano en este campo es el trabajo del profesor de relaciones internacionales de Sterling,

Universidad de Yale, Nicholas John Spykman, que ha publicado un libro muy aplaudido, *America's Strategy in World Politics*. La política exterior de Estados Unidos —dice— se ha dividido desde los tiempos de Washington en dos escuelas: la aislacionista y la intervencionista o internacionalista, que han tenido sus épocas de dominación en el desenvolvimiento americano. Esto es bastante cierto; pero debemos darle su verdadero significado.

La escuela "internacionalista" comprendía en el siglo pasado los grupos comerciales y financieros ligados económicamente a Europa y Asia. Por otra parte, estos mismos grupos deseaban el monopolio del comercio en el hemisferio occidental y la doctrina "aislacionista" de Monroe en 1823 es el primer gran paso para eliminar la competencia europea. La doctrina de Monroe se basaba en la doctrina del aislamiento justificada en términos geográficos. Era la opinión expresa de los Padres Fundadores que el continente americano debía desarrollarse de acuerdo con su propio carácter y condiciones geográficas, sin las complicaciones del sistema político europeo. En consecuencia, cuando el peligro de una intervención europea en los asuntos sudamericanos fué inminente, Monroe amplió su alcance a toda la América del sur: "Es imposible que los poderes aliados (la Santa Alianza) extiendan su sistema político a una u otra parte del continente, sin poner en peligro nuestra paz y nuestra felicidad....." Este argumento típicamente "geopolítico" sirvió sin duda en su tiempo a un principio progresista, contribuyendo a la protección de las recién creadas repúblicas sudamericanas frente a la reaccionaria Santa Alianza. También durante la guerra civil, ayudó a poner término a la ocupación de México por Napoleón III.

Sin embargo, con el crecimiento, a fines del siglo pasado, del poder monopolista norteamericano y la consiguiente entrada de su burguesía en la gran lucha internacional por los mercados, los argumentos "aislacionistas" de la doctrina Monroe, se volvieron poco a poco la fachada tras la cual escondía el imperialismo yanqui sus propias ambiciones. Esto se hizo evidente cuando la guerra hispanoamericana y más tarde con los desembarcos de la marina estadounidense en algunos países centroamericanos, so pretexto de que así asumía la protección de dichos países contra la tiranía extranjera. La declaración de McKinley atribuyendo a Dios el haberles concedido a los Estados Unidos la responsabilidad de cristianizar y civilizar a los paganos de las Islas Filipinas representa el primer gran paso del "aislacionismo" hacia la idea global del *White Man's Burden* de Cecil Rhodes y Rudyard Kipling. El capitalismo norteamericano entraba entonces, justamente como en el caso de Alemania, en aquella etapa que convierte a la Geopolítica en el apoyo ideológico de las necesidades de la clase capitalista.

Antes de Pearl Harbor, ciertos sectores del capitalismo americano vacilaban en arriesgarse más allá del "aislacionismo" continental hacia el

"internacionalismo" que predica Spykman. Pero con la guerra y la enorme expansión de los productos americanos frente al decrecimiento de los europeos, se hizo evidente aún para los más fanáticos "aislacionistas" que el imperialismo americano debe ponerse a la cabeza en la post-guerra para vigorizar el capitalismo en escala mundial.

Spykman deja los oropeles idealistas a otros y encara la misión norteamericana en términos "geopolíticos" que merecen el caluroso aplauso de la revista *Time* como "estrictamente realistas". (Un renegado comunista que ahora forma parte del *brain trust* de Henry R. Luce, considera a Spykman como un "Leninista de la Derecha").

Spykman sostiene que Norteamérica debe desempeñar el papel dominante y supremo en el caso de una victoria aliada, porque su tremendo poder industrial y su segura situación geográfica le conceden este derecho. Cree que "nuestro" propósito debe consistir en aprovechar las contradicciones oponiendo particularmente a Alemania como un baluarte contra una posible expansión soviética y al Japón contra una potencial expansión de la China.

"Por extraño que parezca actualmente es de presumir que el gobierno británico no acaricia la idea de una Alemania completamente derrotada, que no pueda hacer frente a los victoriosos ejércitos rusos. Hasta es concebible que Washington se convenza de la lógica del argumento británico en pro de la existencia de una Alemania poderosa. Un estado ruso desde los Urales al Mar del Norte puede no constituir una superioridad sobre una Alemania desde el Mar del Norte a los Urales. La actual guerra está dirigida indudablemente a la destrucción de Hitler y del Partido nacionalsocialista; pero esto no implica necesariamente la destrucción de Alemania como poder militar. El mismo razonamiento es aplicable al Lejano Oriente. El peligro de otra conquista japonesa en Asia debe evitarse; pero esto no significa necesariamente la completa eliminación del poder militar japonés, y la entrega del Pacífico occidental a China o Rusia". (Pág. 460).

Así, equilibrando los poderes y enfrentándolos, además de concederles armas en un pie de igualdad, puede mantenerse la paz "por algún tiempo". Spykman no adelanta una solución para las guerras en general, declarando que esto sería utópico e irreal. Por el reconocimiento de la "legitimidad" de los deseos de algunos grandes poderes respecto de ciertas áreas (la necesidad, por ejemplo de la Europa Central para Alemania) y la concesión de armas en cierto pie de igualdad, Norteamérica puede hacer el papel de juez y de árbitro en cualquier conflicto que surja y asegurarse al mismo tiempo imprescindibles mercados de exportación. Considera a la "Liga de Naciones" una "balanza del poder" que fracasó debido a la infortunada desproporción de las fuerzas de Inglaterra y Francia frente a Alemania y el Japón.

Lo que Spykman dice respecto de la Unión Soviética tiene vital significación en vista de la política de Stalin al acoplarla a la máquina guerrera aliada. Spykman encuentra el comunismo no sólo tan "detestable" como el nazismo sino que al considerar la posibilidad de que al final de la guerra los aliados tengan que apoyar a Alemania para detener a una "Rusia demasiado poderosa"; prevé ya una acción aliada contra el desarrollo de las fuerzas revolucionarias, porque comprenden muy bien que aún en el caso de una victoria aliada la Unión Soviética está debilitándose en su actual esfuerzo, de modo que una acción del Ejército Rojo sólo puede realizarse coordinadamente con un amplio movimiento revolucionario europeo.

La actitud de Spykman frente a la China es similar de acuerdo con las siguientes palabras:

"Una China potente y militarizada de 450 millones de hombres, constituirá una amenaza no sólo para el Japón, sino también para los poderes occidentales en el Mediterráneo asiático..... Si es preciso asegurar un equilibrio de poderes tanto en el presente como en el futuro, los Estados Unidos tendrán que adoptar una política protectora hacia el Japón". (Pág. 470).

Igualmente reveladora es su actitud hacia la América Latina. Los Estados Unidos, dice, deben usar eventualmente la fuerza contra los países latinoamericanos, debido a la incompatibilidad económica de las dos áreas; Sud América es un competidor de los Estados Unidos en el comercio de exportación internacional y este país no puede absorber bastantes productos sudamericanos. Tal divergencia de intereses, indita exactamente Spykman, produce resentimiento en los sudamericanos, celosos de la intervención yanqui en su política exterior. Por algún tiempo este resentimiento puede aplacarse con empréstitos, concesiones comerciales y presión política, pero eventualmente los Estados Unidos tendrán que recurrir a la fuerza desnuda para someter a ciertas naciones sudamericanas más inquebrantables.

En el período de la postguerra, Sudamérica debe sin duda caer en "la órbita geopolítica" norteamericana, dice Spykman. Sudamérica tiene que abrirse como mercado al poder industrial de los Estados Unidos y todo intento sudamericano en igual sentido debe "desecharse". Propone asimismo que los Estados Unidos se apoderen de todas las posesiones europeas, (británicas, francesas y holandesas), bases estratégicas y puestos de avanzada en Sudamérica:

"Con los Estados Unidos en posesión de las bases navales y estratégicas, la vida económica del país depende internamente del Coloso del Norte". (Pág. 278).

Estas son las conclusiones "geopolíticas" del Profesor de relaciones internacionales de Sterling, Universidad de Yale. No habla en su propio nombre sino de un poderoso sector de la clase gobernante norteamericana.

Además, dice Spykman, todo esto supone grandes cambios domésticos en los Estados Unidos. La democracia, agrega, carece de la fiera atracción del comunismo o del fascismo, ha perdido su fuego, su habilidad para despertar junto al fervor un entusiasmo apasionado en el corazón de los ciudadanos; en consecuencia, será imposible a Norteamérica enfrentar al Eje con el mismo celo de cruzada que anima a los alemanes y japoneses.

Bajo el disfraz de una versión americana de la "ciencia" geopolítica, Spykman señala friamente el curso futuro que el imperialismo de Norteamérica debe seguir a ejemplo de sus rivales europeos, hacia la totalitarización y el fascismo.

Claro está la Geopolítica no es una ciencia sino un mito imperialista. Los "problemas" geográficos sólo existen hasta donde el capitalismo obliga a los pueblos a entrar en violenta competencia, usando los argumentos de la geografía para la exploración y el esclavizamiento, mientras se niega a millones de pobres las materias primas.

Bajo una economía socialista internacional la geografía no constituirá más una barrera política o económica contra el entendimiento y la cooperación mundial y las materias primas serán usadas para el beneficio colectivo de la humanidad.

Los libros

"Aguas abajo" de MARTA BRUNET

Veinte años después de su triunfal arribo a Santiago con *Montaña adentro* es imposible hablar de la excelente autora de *Bestia dañina* sin referirse ante todo a aquellos libros iniciales, que fuimos tal vez los primeros en proclamar desde Buenos Aires cuando aparecieron. Y tantas vueltas y revueltas absurdas tiene nuestra época, que ahora, mientras Marta Brunet escribe allá otros cuentos semejantes, nosotros los acotamos aquí en la misma revista internacional.

Con lo cual queda insinuado que fuera de la mayor parte de su volumen, *Reloj de sol*, que objetamos oportunamente, la extraordinaria narradora de *María Rosa, flor del Quillen* ha seguido fiel a su índole, a pesar de todos los cambios.

En efecto, "Piedra callada", que inaugura el simpático librito de la Nueva colección de autores chilenos que publica la editorial Cruz del Sur, bajo la dirección de González Vera, es un cuento representativo de la mejor manera de Marta Brunet. Escrito en estilo límpido y directo, está exento del enjambre de imágenes que, según Flaubert, asaltan al literato que no sabe aplastarlas como bichos deslumbrantes contra la desnuda tabla de trabajo.

Admirable, la viva impresión de tipos y ambiente que deja "Piedra callada" en el ánimo del lector especialmente en la parte final, tras una sabia graduación de los matices en los terribles cuadros domésticos que justifican la escena culminante del cuento.

Aunque la autora no indica la fecha exacta en que se mueven sus personajes dentro de una atmósfera patriarcal indiscutible, sólo cabe ubicarlos alrededor del último decenio del siglo XIX. El clásico Patrón (con mayúscula) que determina en parte la tragedia es, en su pintura, "estampa de viejo cuño, señor que parecía la réplica del abuelo que guerrearía la independencia" y tan generoso que cuando la vieja molinera cumple treinta años de servicio en el fundo la jubila "con sueldo íntegro", dándole a elegir "entre seguir en el molino, en el departamento que había ocupado siempre, pero sin intervención alguna en el trabajo o vivir en las propias casas de los patrones, en algunas piezas que le destinarían y haciendo lo que quisiera".

¿Quedan todavía patrones así en esta *copta feliz del Edén?*

El segundo relato, "Aguas abajo", menos estructurado para merecer el nombre de cuento, arranca su conflicto precisamente de la promiscuidad en que viven los campesinos pobres de Chile y de todas partes, en el rancho de piedra o barro que al mismo tiempo es hogar, merendero y dormitorio. Marta Brunet esboza el cuadro equívoco en forma objetiva sin consideraciones morales de ninguna especie, atenta sólo a las reacciones insintivas de sus personajes. Logra, empero, lo que se propone mostrando finalmente con toques certeros la dolorosa resignación de una madre desposeída del hombre con que vive, por su propia hija..... Pero, uno se pregunta, ¿por qué se propone tan poco?

En el trabajo siguiente y último, "Soledad de la sangre", el propósito de la autora se reduce aún, y sólo a punta de trabajo e ingenio logra uno que otro efecto pasajero y puramente literario. Porque la búsqueda del color local por el color local, lleva ya un siglo de fracaso en América. "Lección de los tiempos para los que han venido a restaurar con el nombre de criollismo aquella plaga" — dijo atinadamente Sanin Cano.

Por suerte, Marta Brunet no es una criollista inveterada. Lo criollo le interesa vivamente como esencia unitaria del hombre americano; pero huye cada vez más de lo pintoresco y baladí del criollismo. "Piedra callada" — el primero y único cuento de *Aguas abajo* — finca su mérito no en la reproducción tartajosa del lenguaje aldeano, sino en el sentimiento individualísimo que se impone finalmente a sus protagonistas, a pesar del medio semifeudal en que los evoca su autora con cierta nostalgia poética de antigua patrona. (Con minúscula, es claro).

Por lo demás, junto a esta obra —rápidamente agotada en Santiago — Marta Brunet lleva a cabo en Buenos Aires una intensa labor de acercamiento espiritual que la señala justamente a la consideración de los círculos literarios de ambos países. Ojalá esto último no le impida realizarse del todo como cuentista. Pues, dentro y fuera de nuestro idioma, las émulas de Fernán Caballero y Katherine Mansfield se pueden contar con los dedos de una sola mano. Y sin duda, la recia escritora de *Aguas abajo* cuenta entre ellas.

E. E.

Las revistas

"PARTISAN REVIEW"

Los magazines comerciales de los Estados Unidos, que por lo general sólo sirven para entretener el ocio de los lectores vulgares con artículos más o menos vacuos, apenas dejan sospechar la existencia de una revista excepcional como ésta que bajo el nombre de *Partisan Review* o revista guerrillera en nuestro idioma, viene publicándose desde hace alrededor de siete años en Nueva York, bajo la dirección de un grupo de jóvenes escritores de los que a la fecha sólo persiste Philip Rahv, después del reciente alejamiento de su primer animador, Dwight Macdonald.

Basta citar junto a estos dos nombres algunos de los que colaboran con más frecuencia en sus páginas para tener una idea de la importancia de *Partisan Review* desde un punto de vista literario. Son estos: Edmund Wilson, uno de los críticos más finos de la literatura norteamericana contemporánea, en primer lugar; después, el notable poeta, William Carlos Williams, el sociólogo Sidney Hook, la escritora Katherine Anne Porter, etc. Entre los colaboradores extranjeros de *Partisan Review* es preciso mencionar a Ignazio Silone, W. H. Auden, Víctor Serge, Ivan Goll y Jean Malaquais. La revista impone respeto a sus propios adversarios ideológicos al punto que T. S. Eliot le hace llegar versos inéditos y John Dewey responde directamente a sus encuestas.

Creemos que tales ejemplos son más que suficientes para distinguir una publicación que Dos Passos ha llamado alguna vez la mejor de cuantas aparecen en los Estados Unidos.

Desde luego, la guerra no ha dejado de influir desfavorablemente sobre la orientación inicial de *Partisan Review*. Sus editores primitivos no lograron ponerse de acuerdo acerca de una línea común y tras la polémica interna se produjo el retiro de Dwight Macdonald, a quien ha substituído ahora el poeta Delmore Schwartz. Pero el conjunto de colaboradores no ha variado mucho. Eso sí, la revista, que al principio aparecía mensualmente y después cada dos meses, sale hoy sólo cuatro veces por año, aunque con muchas más páginas cada número.

La primera entrega de 1944 publica una valiosa entrevista con Marc Chagall, además, de un corto estudio acerca del célebre pintor ruso, actualmente refugiado en Nueva York. F. O. Matthiessen analiza detenidamente la figura de Henry James, el gran novelista norteamericano del siglo pasado; y Edmund Wilson se burla donosamente del estilo burocrá-

tico del Embajador Davies en su libro "Misión en Moscú". Considera a su autor "el más grande maestro del mal inglés oficial desde el difunto Presidente Harding".

Para quienes gastan igual franqueza entre nosotros, la existencia de una tribuna tipo *Partisan Review* significa un poderoso estímulo. En efecto, la dirección de BABEL, debidamente autorizada, ha reforzado alguna vez su propio punto de vista con traducciones "guerrilleras", como aquella de Morton Dauwen Zabel sobre Archibald MacLeish: "Un poeta en el Capitolio".

E. E.

OTRAS PUBLICACIONES RECIBIDAS

Martí, místico del deber, por Félix Lizaso. Editorial Losada. S. A. Buenos Aires.

Equitación gaucha en la Pampa y Mesopotamia, por Justo P. Saenz (hijo). Editores: Peuser Ltda. Buenos Aires.

Cinco ensayos sobre temas judíos, por Salomón Resnick. Editorial Judaica, Buenos Aires.

Cartas al Ebro, por Benjamín Jarnés. La casa de España en México.

De la pena de muerte en materia política, por Guizot. Colección Tierra Firme. Cruz del Sur, MCMLIII.

Las hélices del humo, por J. Salas Subirat. Ediciones Anaconda.

La barranca y el río, por Abel Rodríguez. Círculo de la Prensa de Rosario, 1944.

Socialism on trial, by James P. Cannon. Pioneer Publisher of New York.

De tal árbol, tal fruto, Florilegio de canciones anónimas de los siglos XV al XVII. La Fuente Escondida. Cruz del Sur. MCMLIV.

Indice alfabético del volumen IV
de BABEL

(NÚMEROS 19, 20 Y 21)

AMSTER, MAURICIO / Diseño gráfico	1
BROD, MAX / Kafka, padre e hijo	97
CADMAN, JAMES / Geopolítica: un mito imperialista	133
CAMPOAMOR, F. G. / Vamos a matar la guerra	22
DIEZ, LAIN / Depauperación y concentración del capital ..	27
Las revistas: "New Essays" de Chicago . .	95
Notas sobre el materialismo histórico . . .	124
ESPINOZA, ENRIQUE / Heine y Marx	7
Las revistas: "Deutsche Blaetter" .	47
El regreso de Horacio Quiroga ...	68
Los libros: "Ranquil"	92
"Aguas Abajo", de Marta Brunet	141
Las revistas: "Partisan Review" ..	143
FARRELL, JAMES T. / Literatura e ideología	35
FRANCO, LUIS / Bocacalle del mundo	11
Pasado y Porvenir	120
FRANK, SEBASTIAN / El espíritu burocrático	85
GIDE, ANDRE / Entrevista imaginaria	49
GOMEZ, HERNAN / Dos estampas de Castelao	79
GONZALEZ VERA / Buenos Aires, ida y vuelta	61
Esbozo de Mariano Latorre	110
GUERRA, JORGE / Sueño de una noche de verano de 1944	81
HUIDOBRO, VICENTE / Edad negra	118
LATORRE, MARIANO / El secreto	113
MARTINEZ ESTRADA, E. / Literatura propia y apropiada	106
MORENO VILLA, J. / De la tierra y la patria	54
QUIROGA, HORACIO / Sinfonía heroica y una carta inédita	78
REGLER, GUSTAV / Hijo de la tierra de nadie	3
ROJAS, MANUEL / El cuento y la narración	15
Los libros: "Cobre" de Gonzalo Drago.	43
VICUNA, MARIO / Turismo intelectual	57

Colaboradores

BABEL

SEBASTIAN FRANK.— Del grupo socialista de la revista "New Essays", donde colabora junto a Carlos Korsch, J. Harper y Paul Mattick. La traducción de "El espíritu burocrático" ha sido hecha por Lain Diez.

ANDRE GIDE.— El auto-reportaje que publicamos ha sido escrito para la revista "Fontaine" de Argel, donde reside actualmente el autor de "Los monederos falsos". Nuestro compañero Ernesto Montenegro nos lo ha enviado traducido, por correo aéreo, desde Nueva York.

HERNAN GOMEZ.— Poeta argentino de la nueva generación. Ha publicado dos libros de versos. "Sonata del amor filial" y "Orilla nativa". Las composiciones que publicamos pertenecen a un ciclo escrito al margen de unas estampas del dibujante gallego Castelao.

GONZALEZ VERA.— Además de "Alhué", "Vidas mínimas" y un largo estudio sobre Baldomero Lillo, ha escrito una serie de cuentos y ensayos, no recogidos todavía en volumen como "La voz en el desierto" de nuestro número 17.

JORGE GUERRA.— Escritor peruano de formación europea, con muchos años de residencia en Berlín, Viena, Praga, Madrid, Lisboa y otras grandes capitales donde ha seguido de cerca el movimiento internacional de los trabajadores.

VICENTE HUIDOBRO.— Poeta chileno, autor de "Ver y palpar" y "El ciudadano del olvido" además de numerosos volúmenes en prosa, como "Mi Cid Campeador", etc.

MARIANO LATORRE.— Ha recibido el premio nacional de literatura por su libro "Mapu". Sus obras principales son: "Zurzulita", "Hombres y zorros", "On Panta" y "Chilenos del mar".

EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA.— Argentino. Tras media docena de libros de versos, escribe dos volúmenes en prosa: "Radiografía de la Pampa" y "La cabeza de Goliath".

JOSE MORENO VILLA.— Pintor y poeta español, actualmente refugiado en México donde ha publicado varios libros de interés americano.

HORACIO QUIROGA.— Uruguayo de nacimiento; pero argentino por lo más significativo de su obra y su larga residencia en Buenos Aires y Misiones.

MAURICIO AMSTER.— Refugiado español a quien la tipografía chilena debe un considerable impulso. Voluntario desde el primer día de la guerra civil en las Milicias Populares, fué posteriormente, llamado al Ministerio de Instrucción Pública para dirigir las publicaciones del mismo. Ciento y tantos mil soldados del ejército republicano aprendieron las primeras letras en su "Cartilla Escolar Antifascista". El diseño del presente volumen de BABEL es obra suya.

MAX BROD.— Novelista checoslovaco de origen judío. Albacea y biógrafo de Franz Kafka. El capítulo que insertamos en este volumen pertenece a una obra cuya edición original fué quemada en Praga por los nazis.

JAMES CADMAN.— Norteamericano, del grupo de colaboradores de "Fourth International", donde ha escrito además sobre temas militares en conexión con la segunda guerra mundial.

FERNANDO G. CAMPOAMOR.— Joven escritor cubano cuya bibliografía se reduce a un solo libro, "Archipiélago", y varios folletos sobre Martí, España y la cultura en general. Es la primera vez que colabora en BABEL. Pilotea en su país la editorial "Proa".

LAIN DIEZ.— Ingeniero chileno. Ha publicado numerosos trabajos de carácter científico. En el número 14 de BABEL, uno titulado: "Renta, Selección, Aptitud". Es autor de muchas traducciones de los clásicos del marxismo.

JAMES T. FARRELL.— Novelista norteamericano conocido entre nosotros por "El chico Lonigan" y algunos artículos que con su autorización reproducimos en nuestra revista. La Unión Panamericana, que ha difundido en español el ataque de Van Wyck Brooks omitió la réplica que insertamos en este volumen.

LUIS FRANCO.— Poeta y escritor argentino. Entre sus últimos libros figuran: "Biografía de la guerra"; "Walt Whitman" y "El otro Rosas". Gran parte de su producción lírica recogida en media docena de volúmenes, desde "La flauta de caña" hasta "Suma", integra una antología bajo el título de "Catamarca en cielo y tierra". Luis Franco ha colaborado en BABEL desde su fundación.

B A B E L

GUSTAV REGLER.— Figura en las listas de proscripción nazi como "enemigo público número 19". Como tal es desposeído en su ciudadanía alemana en 1934. Emigra a Francia. Toma parte en la guerra del pueblo español como comisario político de las Brigadas Internacionales y es gravemente herido. La invasión lo sorprende en París. Huye a México, donde reside actualmente. Ha publicado: "La gran cruzada", libro traducido al inglés con prólogo de Ernest Hemingway. El trabajo con que Gustav Regler inicia su colaboración en BABEL pertenece a una obra en prensa de igual título.

MANUEL ROJAS.— Es autor de "Tonada del transeúnte" (versos); y de "Hombres del Sur"; "Lanchas en la bahía"; "El delincuente"; "Travesía"; "La ciudad de los Césares" (cuentos y novelas), además de un volumen de ensayos bajo el título "De la Poesía a la Revolución". "El cuento y la narración" fué originariamente una conferencia que dictó su autor en un centro cultural.

MARIO VICUÑA.— Joven periodista chileno y ex-alumno de la Escuela de Arquitectura, que ha rehusado una beca en U.S.A. por no estar de acuerdo con él esta observación de Bertrand Russell: hasta los que combaten al capitalismo aprovechan sus bolsas de viaje.

B A B E L

Revista de Arte y Crítica

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera

Lain Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número \$ 10 mch.
 Suscripción a 6 números \$ 50 mch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número 0,30 u/s.
 Suscripción a 6 números 1,50 u/s.

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo.
 Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

ORBE EL SELLO EDITORIAL QUE
 UNA VEZ MAS SE IMPONE.

LA SANGRE Y LA ESPERANZA

por Nicomedes Guzmán

PREMIO MUNICIPAL 1943

El mayor éxito editorial del año. 450 páginas \$ 40.—
 Segunda edición en prensa.

HOMBRES DE AMERICA

Por Eugenio Orrego Vicuña

PREMIO MUNICIPAL 1943

Magníficos retratos de los más eminentes próceres americanos.
 Edición por agotarse \$ 30.—

HISTORIA DE CHILE ILUSTRADA

Por Walterio Millar

(Tercera edición)

Ahora con más de 600 ilustraciones. Edición corregida y aumentada, aprobada por el Ministerio de Educación. El libro que no debe faltar en ningún hogar chileno \$ 35.—

Pidan nuestro Boletín de Novedades

Despacho contra reembolso, libre de franqueo.

Ediciones Orbe - Casilla 1316 - Santiago de Chile

Los Clásicos

DE LA POLITICA

1. W. G. HAMILTON: *Lógica parlamentaria*
2. FICHTE: *Discursos a la nación alemana*
3. ANTONIO PÉREZ: *Norte de Príncipes*
4. SIEYES: *¿Qué es el Tercer Estado?*
5. DONOSO CORTES: *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*
6. KANT: *Principios metafísicos del Derecho*
7. BENJAMIN CONSTANT: *Principios de Política*
8. GRACIAN: *El político. Oráculo manual. El Héroe*

EDITORIAL AMERICALEE

TUCUMAN 353

BUENOS AIRES

NOVELAS Y CUENTOS DE CHILE

ZURZULITA, por Mariano Latorre	\$ 20
ULLY, por Mariano Latorre	10
CUNA DE CONDORES, por Mariano Latorre	15
MERCEDES URIZAR, por Luis Durand	15
MI AMIGO PIDEN, por Luis Durand	10
PARALELO 53 SUR, por Juan Marín	15
ORESTE Y YO, por Juan Marín	10
TRAVESÍA, por Manuel Rojas	15
COMPAÑEROS DE VIAJE, por Enrique Espinoza	15
CHILENO EN MADRID, por J. Edwards Bello	15
LA ULTIMA NIEBLA, por María Luisa Bombal	15
LA AMORTAJADA, por María Luisa Bombal	15

PEDIDOS A LA

LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

Ahumada 125,

Santiago de Chile.

Los pedidos de provincias acompañados de u importe en giro postal o letra bancaria, no pagan gastos de remisión.

MUY PRONTO

APARECERA LA NUEVA

Biblioteca Zig-Zag

Lo colección que usted esperaba: elegante presentación, precio económico, obras maestras de todos los tiempos en ediciones completas. Constará de seis series:

SERIE ROJA:

Novelas

SERIE VERDE:

Teatro

SERIE CELESTE:

Poesías

SERIE MORADA:

Biografías y Ensayos

SERIE OCRE:

Viajes

SERIE PARDA:

Páginas Escogidas

Los primeros volúmenes son obras de Kipling, Thornton Wilder, Lope de Vega, O. Henry, Villers de l'Isle-Adam, Joseph Conrad, Garcilaso de la Vega, Katherine Mansfield, Ana M. Bach, Herman Melville, Guillén de Castro, A. Daudet, etc.

Muy pronto, en todas las buenas librerías.

Volumen sencillo: \$ 12. — Volumen doble: \$ 20.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

CASILLA 84-D.

SANTIAGO DE CHILE

IMPRESO EN CHILE POR - STANLEY - MONJITAS 511, SANTIAGO